

PARA TÍTULOS PROFESIONALES DE LICENCIATURA (TERCER NIVEL)

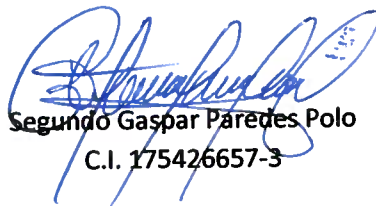
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN

Yo, **SEGUNDO GASPAR PAREDES POLO** con Cédula de Identidad No. **175426657-3**, autor del trabajo de graduación intitulado: "**LA ENFERMEDAD, LUGAR TEOLÓGICO**", previa a la obtención del título profesional de **LICENCIADO EN TEOLOGÍA** en la Facultad Eclesiástica de **Ciencias Filosófico-Teológicas**:

- 1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.
- 2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, 29 de marzo de 2016


Segundo Gaspar Paredes Polo
C.I. 175426657-3

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR
FACULTAD ECLESIAÍSTICA DE CIENCIAS FILOSÓFICO-TEOLÓGICAS
ESCUELA DE TEOLOGÍA**

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE
LICENCIADO EN TEOLOGÍA**

“LA ENFERMEDAD, LUGAR TEOLÓGICO”

**AUTOR: SEGUNDO GASPAR PAREDES POLO
DIRECTOR: DR. FERNANDO BARREDO, S. J.**

QUITO, 2015

RESUMEN

Las interrogantes de todo ser humano y los aportes de la Iglesia al tema de la enfermedad nos ayudan a descubrir el modo como Jesús actúa en la vida de toda persona que sufre.

Desde la filosofía del hombre, su espiritualidad, su fe, la experiencia de Jesús con los enfermos y teniendo en cuenta la tarea de los médicos, se pretende dialogar de cuatro aspectos muy básicos y fundamentales: a) La filosofía de la enfermedad, los efectos que produce en el ser humano y el real sentido cristiano del sufrimiento; b) Jesús que se encuentra con los enfermos en situaciones precarias y les anima con su palabra, dándoles esperanza de vida y dignidad; c) El verdadero actuar de la Iglesia como Comunidad cristiana haciendo una verdadera pastoral de los enfermos y actuando como el Buen Samaritano y d) María al pie de la Cruz del sufrimiento.

En este trabajo, se pretende poner a su alcance una serie de conceptos, artículos y respuestas contenidos en los documentos oficiales de la Iglesia Católica, entre ellos: El Catecismo, la Biblia, Encíclicas y otros libros que nos hablan sobre la enfermedad que atormenta al ser humano, esto dificulta su vida en la sociedad pero también todas las alternativas que existen para alcanzar el bienestar corporal y espiritual.

PALABRAS CLAVE: Enfermo, fe, medicina espiritual, medicina corporal y dignidad.

ABSTRACT

The questions of every human being and the contribution of the Church to the issue of disease, help us to discover the way Jesus acts in the life of every suffering person.

From the philosophy of man, his spirituality and faith, and given the experience of Jesus with the sick persons and the task of the physicians, in this dissertation is intended to discuss about four very basic and fundamental aspects: a) The philosophy of the disease, the effects that the sickness produced in humans and real Christian meaning of suffering; b) The *modus operandi* of Jesus who, when he met patients in precarious situations, encourages them with his word, giving them hope of life and dignity; c) The real activity of the Church, as Christian Community, that makes a true pastoral of the sick and acts like the Good Samaritan, and d) Mary at the foot of the cross of suffering.

In this work, we intend to make available to the reader some concepts, articles and responses, that we can find in the documents of the Catholic Church, including: The Catechism, Bible, encyclicals and other books that tell us about the disease that torments the human being and makes life difficult in society, but also shows us alternatives to achieve physical and spiritual well-being.

KEYWORDS: Sick, faith, spiritual medicine, body medicine, dignity.

ÍNDICE

RESUMEN	ii
ABSTRACT	iii
ÍNDICE.....	iv
INTRODUCCIÓN.....	1
LA ENFERMEDAD LUGAR TEOLÓGICO	2
Planteamiento de la pregunta.....	2
Justificación.....	2
Hipótesis	4
ARGUMENTOS	5
CAPÍTULO I.....	6
EL HOMBRE Y LA ENFERMEDAD.....	6
1.1. El hombre ante la enfermedad	6
1.2. Efectos que produce la enfermedad	9
1.3. El sentido cristiano del sufrimiento humano	12
CAPÍTULO II.....	13
JESÚS Y LOS ENFERMOS	13
2.1. Jesucristo: El sufrimiento vencido por el amor.	13
2.1.1. Jesús se acerca a los enfermos	16
2.1.2. La enfermedad humana y su significación en el misterio de salvación.....	18
2.1.3. La respuesta de Jesús a los enfermos.....	19
2.1.4. Curaciones por Jesús.	20
2.1.5. El amor de Cristo, es nuestra fuerza	21
2.2. Evangelio del sufrimiento.....	22

2.2.1. Al que sufre, hay que tratarle con dignidad.....	23
2.2.2. El sufrimiento en la enseñanza San Juan Pablo II: “Salvifici Doloris”.....	25
2.3. Salud y enfermedad, el cristianismo frente a la medicina	28
2.3.1. Pastoral de la Salud	32
2.3.2. Los que atienden al enfermo.....	34
2.3.3. Amor como fundamento	36
 CAPÍTULO III	 37
 EL ACOMPAÑAMIENTO AL ENFERMO	 37
3.1. El encuentro salvífico con Cristo por medio de la enfermedad.....	37
3.2. La comunidad cristiana y los enfermos	41
3.3. La Unción del enfermo	43
3.3.1. La Unción comienza en la vida	45
3.3.2. La Unción continúa en la vida.....	46
3.3.3. Todos, responsables de atender a los enfermos.....	47
 CONCLUSIONES.....	 48
 ANEXOS	 51
 1. MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI PARA LA XIX JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO	 52
2. PASTORAL DE LA UNCIÓN DE ENFERMOS.....	56
3. EL BUEN SAMARITANO.....	73
BIBLIOGRAFÍA.....	79

DEDICATORIA

Para: JES - - XTO

AGRADECIMIENTO

Agradezco infinitamente a Dios, mi familia, profesores de la “F.C.F.T.”,
todas las personas de buena voluntad, y a la “PUCE”

INTRODUCCIÓN

La enfermedad, el dolor y el sufrimiento en el ser humano son de vital importancia ya que a diario nos encontramos con ellos y de tal modo que, si no sabemos enfrentarlos, podemos caer en la desesperación y en la angustia.

En este trabajo, quiero analizar algunas pautas para saber actuar, guiar, aconsejar, orientar y acompañar a las personas de una manera efectiva en los momentos difíciles; sabiendo que son fuertes crisis que muchas veces, terminan afectando también al que acompaña al enfermo, porque no está preparado para sobrellevar una realidad muy nuestra, la enfermedad.

En este trabajo se trata de acercarnos a la experiencia que Jesús tenía con los enfermos, que incluye la experiencia del dolor y la proximidad de la muerte, a la luz de su fe en la Resurrección.

No se trata de interpretar fielmente el sentir de Jesús frente a la enfermedad o encasillarlo en su dimensión humana comparándolo con otro hombre que se enfermó en aquella época. Se quiere que usted, tenga mayor éxito en su lectura, ampliar la vivencia que Jesús tenía al acercarse a un enfermo por medio de su dolor y de la proximidad de la muerte, no precisamente en la cruz, sino en la Resurrección.

En lo posible trataré de ubicar la realidad de la salud y enfermedad en la época de Jesús comparándole con los conceptos de salud y enfermedad, en nuestros días; todo esto con el propósito de acercarnos a la presencia de Jesús en el hermano que sufre, experimentar su poder sanador en favor del sufriente.

En los capítulos de este trabajo, se trata acerca del hombre y la enfermedad en la época de Jesús, de los enfermos y del acompañamiento al enfermo. Sabiendo que el hombre actual, si puede hacer un acompañamiento oportuno y eficaz.

LA ENFERMEDAD LUGAR TEOLÓGICO

PLANTEAMIENTO DE LA PREGUNTA

¿Qué aporta la fe cristiana al hecho de la enfermedad?

JUSTIFICACIÓN

Los seres humanos vemos a la enfermedad como algo que nos invalida y nos debilita; cuando llega nos sorprende. Nadie está preparado para enfrentar esta realidad, pues no queremos ningún tipo de enfermedad, sufrir o estar excluido de la sociedad, porque cuando estamos pasando por esta realidad, nos incomodamos ya hasta nos desesperamos.

La enfermedad es una realidad que nos cuestiona, desanima, excluye e invalida ante la sociedad, por eso hoy en día nadie la acepta. Cuando mencionamos a la enfermedad lo hacemos con mucho temor, miedo, angustia y desesperación; muchas personas ni siquiera quieren hablar del tema de la enfermedad. Pero sin embargo, todos los días se enferman niños, jóvenes y ancianos.

Por todo esto es muy necesario argumentar el tema de la enfermedad desde el horizonte de la fe cristiana “Curen a los enfermos que haya, y digan: Ya les llega el Reino de Dios”. (Lc 10,9). Porque como bautizados y miembros de la Iglesia nos corresponde dar una palabra de aliento, esperanza, ilusión y de fe en el Señor que sana a todos nuestros hermanos que se encuentran en medio del miedo y la angustia por causa de la enfermedad.

La enfermedad, es una realidad que, aunque no la aceptamos, convive con nosotros, está en medio de nosotros e influye en nuestra existencia; cada día que pasa escuchamos que miles de personas en todo el mundo están enfermas, a pesar de que las ciencias médicas avanzan y luchan por contrarrestar este fenómeno.

HIPÓTESIS

Teniendo en cuenta que la enfermedad pertenece a la dinámica de la vida, por eso la Iglesia busca dar sentido a la aceptación de la enfermedad desde la fe cristiana, en un mundo en el que cada día es mayor el índice de personas enfermas. “... Toda la Iglesia entera encomienda a los enfermos al Señor sufriente y glorificado para que los alivie y los salve, incluso los anima a unirse libremente a la Pasión y Muerte de Cristo; y contribuir, así, al bien del pueblo de Dios...” (Juan Pablo II. 1993. *Catecismo de la Iglesia Católica*. p. 344. n° 1499).

Es decir, desde la perspectiva de la fe de cada cristiano, se puede afirmar que la enfermedad se convierte en un camino de conversión que despierta un clamor a Dios y al prójimo, en otras palabras, la enfermedad hace renovar los gestos supremos de la vida, tales como: el respeto, la compañía, la compasión y la solidaridad entre todos los seres humanos.

ARGUMENTOS

Los elementos integrantes de la realidad humana deben ser reconocidos como un realismo y afrontados con valor y dignidad. Dicho de otro modo, el hombre debe aceptar la enfermedad como algo que le permite madurar humanamente, como algo que le muestra su incapacidad y su finitud, ahí será capaz de vivir la vida con sentido a pesar de las adversidades que encontramos en nuestro diario vivir.

La actitud del cristiano frente a la enfermedad debe ser, el de aceptar este reto como un signo de una situación del hombre ante Dios, incluso como una gracia y bendición de Dios. Basándose en las palabras de ánimo y obediencia que nos dice "...porque yo soy Yahvé, el que está contigo". (Ex 15,26).

Esta aceptación tiene un valor sagrado, porque Cristo "... Conmovido por tantos sufrimientos, no solo se dejó tocar por los enfermos sino que hace suyas sus miserias. Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades...". (Mt 8,17. (Juan Pablo II. 1993. *Catecismo de la Iglesia Católica*. p. 346. n° 1505).

Es decir, Él sufre con nosotros y sus curaciones del alma y del cuerpo son el anuncio de la venidad del Reino de Dios.

La Iglesia tiene que hacer presente la actitud de Jesús en todas las circunstancias, convirtiéndose en el signo de la presencia de un Dios bueno, haciendo una compañía silenciosa al enfermo en el cariñoso trato y en la dedicada atención donde se manifiesta la presencia viva del creador. "... el enfermo recibe con amor la palabra, el perdón, el sacramento de la unción y los gestos de caridad de los hermanos...". (Benedicto XVI. 2007. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. n° 420.). Porque la enfermedad es una experiencia especial de la Cruz y de la Resurrección del Señor que nos da una esperanza de Salvación y liberación.

CAPÍTULO I

EL HOMBRE Y LA ENFERMEDAD

1.1. El hombre ante la enfermedad

Los seres humanos tratamos de aceptar la vivencia de la salud y la enfermedad, porque son parte de nuestra vida como lo son: comer, beber, dormir y estar despierto.

Las personas reaccionan de diversos modos a la realidad de la enfermedad, por lo cual, cada persona se enfrentará de distintas maneras y en los diversos niveles: emocional, racional, físico y espiritual, a su experiencia personal de la enfermedad que le toca asumir en la sociedad que vive. “La crecida importancia de la enfermedad, no es solo un hecho temporal, sino que es un dato que se encuentra también en la conciencia, en las imaginaciones y en los miedos de los sujetos, hasta el punto de poder decir que el cuidado de la propia salud se ha convertido en la cuestión más seria de la vida”. (Aramini, Michele. (2007). *Introducción a la Bioética*. p. 114. Bogotá: San Pablo.).

Cada persona ha desarrollado líneas de dirección básicas con relación a la comprensión de la enfermedad, y también sobre qué tratamientos y métodos de curación son ofrecidos y aceptados. Sabiendo que si reaccionamos en una forma altamente individual a nuestras enfermedades personales, en realidad nuestra educación y el medio social están determinando nuestra percepción, por eso, nuestra propia cultura no nos permite un gran alejamiento de los demás seres humanos, porque son ellos y sus experiencias las que nos ayudan a superar este fenómeno de la enfermedad.

La enfermedad es un sufrimiento que cuestiona al ser humano, porque hace que el hombre se encuentre solo, abandonado, discriminado y muchas veces desesperado en la sociedad. Sabiendo que las enfermedades recaen sobre una persona y hacen que su cuerpo empiece a decaer y su relación con los demás empiece a cambiar.

Por eso, empiezan los enfermos a sentir un cambio radical de su estado de ánimo y para encontrar solución a la realidad que están pasando, apelan a diversos tratamientos con hierbas, ungüentos, rituales y oraciones.

En definitiva las enfermedades destruyen la salud, las relaciones laborales, el convivir con los demás y la propia vida del enfermo. Porque la salud y la enfermedad viven en la mente y el cuerpo de los humanos. Por eso está insertado en una comprensión profundamente holística de la vida y la filosofía.

El cuerpo puede ser tratado con métodos tales como la medicina y crenado hábitos de alimentación, pero también con métodos espirituales. Las enfermedades mentales pueden ser tratadas con actividades psicológicas, religiosas y filosóficas, fortaleciendo el alma y aprendiendo a dominarse a sí mismos.

En cualquier caso, la enfermedad nos revela la sensibilidad de la vida y nos impulsa a buscar sentido a la vida. “La lucha por la vida nos permite ejercer nuestra capacidad de valoración significativa. No se puede vivir sin sentido. Aun en las relaciones dolorosas tienen que adquirir sentido”. (Hualde, Antonio Carlos. (1991). *La Unción de los Enfermos*. p. 11. Madrid: Paulinas.).

Además, vivida correctamente la enfermedad nos permite abrirnos a los otros. Nos hacemos dependientes y, si hay un buen corazón, también agradecidos. Descubrimos tantas personas generosas, dispuestas a estar junto al necesitado, entregados a la tarea de consolar ánimos y aliviar dolores. Compañeros de camino en las horas difíciles en las que el sufrimiento nos tienta a aislarnos, a romper puentes, a vivir la enfermedad como algo privado y cuando en realidad nos interpela a todos.

“Los familiares y amigos, para lograr un encuentro sincero con el propio enfermo en un momento de dificultad existencial deberán, en cuanto sea posible, descubrir la fe y, mediante la superación del pensamiento de su muerte personal, vislumbrar en la muerte el paso a otra vida, y alimentar la esperanza de una reunión con el ser querido.” (J. L. Redrado, J. Gol Gurina, P. Marchesi, A. Brusco Bolech. (2003). *Humanización en salud*. p. 91 Bogotá: San Pablo.).

1.2. Efectos que produce la enfermedad en el hombre

La enfermedad es un tema de mucha importancia en medio de nuestra sociedad en la que vivimos, y se ha contado siempre entre los problemas más graves que aquejan la vida humana.

La enfermedad llega, poco a poco a veces, otras veces con fuerza y por sorpresa. Entonces nos damos cuenta de que la enfermedad es una de las pruebas más fuertes que el humano vive en medio de la sociedad, porque se convierte en un recordatorio de su debilidad y fragilidad de ser humano, por eso la enfermedad se convierte en un aviso de que, más pronto o más tarde, ya no estaremos aquí.

Esa realidad nadie, desde el más rico y poderoso hasta el más pobre e indefenso, puede evitar; y de ella nadie se salva, porque todos somos participes de esta realidad humana. Ante la enfermedad el hombre empieza a actuar con actitudes muy diferentes a las comunes. Algunos la ven como una derrota, otros como un fracaso, por el que sus proyectos y deseos, quedan relegados a un lugar secundario, apartando la enfermedad al enfermo de aquello que antes era el centro de su vida.

En la enfermedad los hombres experimentan su impotencia, sus límites y su finitud; toman conciencia de que han cambiado dimensiones más o menos importantes de su vida. En efecto las enfermedades carcomen, inmovilizan, pueden llevar a la desesperación y nos hacen entrever la muerte.

“La enfermedad puede conducir a la angustia, al repliegue sobre sí mismo, a veces incluso a la desesperación y a la rebelión contra Dios...” (Juan Pablo II. (1993). Catecismo de la Iglesia Católica p. 344 n° 1501.). Especialmente cuando se dan cuenta de que el dolor de mañana será un poco más intenso que el de hoy. En esos momentos, tocamos más intensamente la fragilidad de nuestra existencia temporal.

Cuando la enfermedad se inicia, abrimos los ojos a esa realidad que muchas veces olvidamos en nuestro diario existir. Incluso podemos decir que la enfermedad vivida correctamente, nos permite abrirnos a los otros. Nos hacemos dependientes y, si hay un buen corazón, nos hace también agradecidos.

Descubrimos tantas personas generosas, dispuestas a estar junto al necesitado, entregadas a la tarea de consolar, dar ánimo y aliviar dolores, de compañeros de camino, en las horas difíciles en las que el sufrimiento intenta elevarnos a vivir la enfermedad como algo privado cuando, en realidad, nos interpela a todos.

En la vida cristiana, la enfermedad puede convertirse en un momento particular de crecimiento. El ser humano que sufre, está abierto a comprender el misterio del dolor que padeció Jesús. Incluso debe ser capaz de participar más íntimamente en la agonía salvadora de Cristo, de unir sus dolores a los del Maestro, de atraer la mirada del Padre que derrama sobre el mundo torrentes de gracia, amor, esperanza y consuelo.

El que está enfermo es siempre extraño, ante los demás e incluso ante sí mismo. Ente su enfermedad, los sanos no lo comprendemos, pues es distinto de nosotros de un modo profundo. Aun cuando el enfermo seamos nosotros mismos, nos desconocemos en ese ser doliente. Por eso cuando un enfermo ha recuperado la salud, se puede decir que volvió a ser humano. Ello es en parte cierto; pues al quitarnos libertad, la enfermedad nos quita algo esencial para ser plenamente humanos.

La enfermedad es la gran reveladora del egoísmo, el enfermo si es egoísta, no puede esconderlo detrás de las convenciones sociales y ese egoísmo le brota sin que pueda ocultarlo. ¿Por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí? Enfermos y familiares no pueden evitar estas preguntas, a veces dirigidas a Dios y a nadie en particular.

La enfermedad puede hacer que el hombre caiga en un desánimo, que lo conduce a sentirse esclavo de su propio ser; en efecto la enfermedad se entiende comúnmente y se caracteriza por la inhabilidad, sufrimiento, malestar y el dolor que agobia al que lo experimenta. Esto hace, que el hombre se sienta solo y sin ninguna esperanza, porque sus capacidades físicas y mentales van decayendo cada día más y más.

Por eso afrontar la enfermedad de un ser humano es reaccionar frente al estado de voluntad del enfermo, encaminándolo en la vía de Jesucristo que es el modelo y médico que ayuda a superar toda enfermedad incluso la muerte.

La enfermedad y el sufrimiento se han contado siempre entre los problemas más graves que aquejan la vida humana. En la enfermedad, el hombre experimenta su impotencia, sus límites y su finitud. Toda enfermedad puede hacernos entrever la muerte. La enfermedad puede conducir a la angustia, al repliegue sobre sí mismo, a veces incluso a la desesperación sin ningún consuelo de nadie ni siquiera de sus seres queridos.

Al mismo tiempo la enfermedad revela reservas insospechadas de amor y fortaleza. A familias divididas, la enfermedad las une. A personas cobardes, las hace valientes y recias. A muchos, les hace ver el amor que siempre estuvo ahí, pero que parecía escondido, oculto, perdido tal vez. “La crecida importancia de la enfermedad no es sólo un hecho temporal, sino que es un dato que se encuentra también en la conciencia, en las imaginaciones y en los miedos de los sujetos, hasta el punto de poder decir que el cuidado de la propia salud se ha convertido en la cuestión más seria de la vida”. (Michele Aramini, 2007, p. 114.).

Por eso la reflexión sobre la enfermedad está en manos del hombre que cada día está expuesto a la misma, como su compañera de camino.

1.3. El sentido cristiano del sufrimiento humano

Los seres humanos que nos consideramos cristianos, muchas veces no le encontramos sentido al sufrimiento que estamos padeciendo, porque creemos que es un castigo más no una bendición de parte de Dios. Cuando hablamos del sufrimiento humano, podemos establecer la relación de dos aspectos, el sufrimiento físico y el sufrimiento moral que nos ataca en el momento menos esperado.

“...Esta distinción toma como fundamento la doble dimensión del ser humano, e indica el elemento corporal y espiritual como el inmediato o directo sujeto del sufrimiento. Aunque se puedan usar como sinónimos, hasta un cierto punto, las palabras sufrimiento y dolor, el sufrimiento físico se da cuando de cualquier manera duele el cuerpo, mientras que el sufrimiento moral es dolor del alma. Se trata, en efecto, del dolor de tipo espiritual, y no sólo de la dimensión psíquica del dolor que acompaña tanto el sufrimiento moral como el físico...”. (Juan Pablo II. Doloris Salvifici. (1991). p. 6. n° 5.).

La Iglesia tiene el mandato del Señor, de cuidar al enfermo, mediante oraciones de intercesión, como ya lo dice el Apóstol Santiago “¿Está enfermo alguno de vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que oren por él y le unjan con oleos en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo y el Señor hará que se levante, y si hubiera cometido pecados, le serán perdonados”. (St 5,14-15).

La misericordia del Señor no es menos que su poder. Porque cuando el ser humano se decide a servir a Dios, debe estar preparado para cualquier tipo de prueba. Las pruebas del Señor son rectas y justas y miden el grado de amor en el corazón, “Pues el Señor es ternura y misericordia; perdona nuestros pecados y nos salva en los momentos de angustia” (Sir 2,11).

CAPÍTULO II

JESÚS Y LOS ENFERMOS

2.1. Jesucristo: El sufrimiento vencido por el amor.

Los seres humanos por naturaleza, siempre estamos expuestos a convivir con el sufrimiento y el pecado que nos aparta de Dios, frente a esto brilla en Jesús el amor Divino: “Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas, Él soportó el castigo que nos trae la paz y por sus cardenales hemos sido curados”. (Is 53, 5).

Jesús hace una promesa de amor a todos los seres humanos cuando nos dice que podemos tener la certeza de que, si le pedimos algo conforme a su voluntad, nos escuchará, y si nos escucha en todo lo que le pedimos, sabemos que ya tenemos lo que le hemos pedido “Esta es la confianza plena que tenemos en él: que si le pedimos algo según su voluntad, nos escucha”. (1 Jn 5,14-15).

El gran milagro de Jesús es transmitir a la gente el amor que nos consuela y fortalece. Luego de la muerte, triunfa totalmente el amor. En el cielo, no habrá más dolor, padecimientos, enfermedades, sufrimientos o muerte. Entonces, podremos enfocar nuestros corazones en el cielo donde ya no tendremos que batallar más con problemas físicos.

Mientras estamos aquí en la tierra, la mirada de Cristo es capaz de cambiar para siempre la vida de aquel sobre quien se posa. Una mirada que lleva a crecer, a ir adelante; que alienta porque hace sentir que Él te quiere; que da el valor necesario para seguirle. Nos hará bien pensar, orar sobre esta mirada de Jesús y también dejarnos mirar por Él.

El libro de Job nos manifiesta que el sufrimiento y la muerte no serían tan oscuros si no hubiera el resentimiento o el escándalo de la ausencia de Dios. Jesús que es misericordioso y nos ama tanto, el padeció, se dejó golpear, dejó que lo hirieran y sometieran al sufrimiento para vencerlo, Jesús sufre para solidarizarse con los que sufren, con los enfermos.

Dios entrega a su Hijo para liberarnos del mal, que es la causa del sufrimiento humano; en este contexto “Entregar” significa que esta liberación, el Hijo la tiene que realizar por medio de su propio sufrimiento.

El Antiguo Testamento confunde al sufrimiento es como un castigo del pecado cometido contra el amor de Dios, y ante ello vienen los padecimientos, los dolores, los sufrimientos. El Nuevo Testamento cambia este significado del sufrimiento del dolor, por algo más positivo como la redención; el sufrimiento por amor, tiene valor redentor que salva y libera del pecado y del infierno.

Así la enfermedad se presentaba ante Dios, de quien se implora curación. Pues el hombre {varón y mujer} muere realmente cuando pierde la vida eterna. Lo contrario a la salvación no es el sufrimiento temporal, sino la condenación eterna: perder definitivamente la Vida de Dios, el Espíritu Santo. El hombre experimenta en la enfermedad su propia limitación y al mismo tiempo, percibe que ésta se halla misteriosamente vinculada al pecado.

La misericordia del Señor no es menos que su poder. En el libro de Sirácida se manifiesta que cuando el ser humano se decide en servir a Dios, debe estar preparado para cualquier tipo de prueba. Las pruebas del Señor son rectas y justas el mide el grado de amor en el corazón, “Porque el Señor es compasivo y misericordioso, perdona los pecados y salva en el tiempo de desgracia”. (Sir 2,11).

La compasión de Jesús hacia los enfermos y las numerosas curaciones realizadas por él eran una clara señal de que con él había llegado el Reino de Dios y por tanto, la victoria sobre el pecado, el sufrimiento y la muerte. Con su pasión y muerte Jesús da un nuevo sentido al sufrimiento, el cual, unido al de Cristo, puede convertirse en medio de purificación y salvación, para nosotros y para los demás.

2.1.1. Jesús se acerca a los enfermos

Los cristianos somos acusados por dejarnos invadir del dolor, el luto, llanto y la tristeza; porque el dolor es inevitable está en todas partes porque todos tenemos sufrimientos sin importar la clase social, género o edad, todos somos hijos de un ser supremo. Cristo nos dejó el amor a los demás y la mirada de la fe, para ser capaces de afrontar el dolor con serenidad a fin de superarlo y no ser destruidos.

La enfermedad no es un hecho biológico. Es una experiencia que el enfermo interpreta, vive y sufre según el modelo cultural de la sociedad en que se encuentra. Entonces nos preguntamos, ¿Cómo se vivía la enfermedad en aquellas aldeas que recorría Jesús? ¿Cómo les afectaba a aquellos campesinos? ¿Cómo reaccionaban sus familiares y vecinos? ¿Qué hacían para recuperar la salud? Acudían con firmeza y con la ansiedad de ser curados por Jesús.

Los enfermos, a los que Jesús se acerca, padecen dolencias entre ellos hay ciegos, paralíticos, sordomudos, enfermos de la piel, desquiciados. Muchos son enfermos incurables, abandonados a su suerte e incapacitados para ganarse el sustento; viven arrastrando su vida en una situación de mendicidad que roza la miseria y el hambre. Jesús los encuentra tirados por los caminos, a la entrada de los pueblos o en las sinagogas, tratando de conmovir el corazón de la gente que los miraba.

Aunque la enfermedad sea crónica, es mejor conservar un corazón recto, ser decidido, no dejarse manejar por la angustia la desesperación, es mejor mantener la calma, apegarse al amor infinito del Señor y no apartarse de su misericordia. El evangelio de Juan entiende la actividad de Jesús como enteramente encaminada a potenciar la vida "...Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia". (Jn 10,10).

En las aldeas que visitaba Jesús, la gente veía de ordinario en la ceguera, la lepra o cualquier otro tipo de enfermedad grave el castigo de Dios por algún pecado o infidelidad. Según el evangelio de Juan, al ver a un ciego de nacimiento, los discípulos preguntan a Jesús: "Rabbí, ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego?" Respondió Jesús; "Ni el pecó ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios" (Jn 9,2-3).

Aun cuando la enfermedad se halla estrechamente vinculada a la condición del hombre pecador, no siempre puede considerarse como un castigo impuesto a cada uno por sus propios pecados, “Respondió Jesús: Ni él pecó ni sus padres; es para que se manifieste en el las obras de Dios”. (Jn 9,3).

El mismo Cristo, que no tuvo pecado, cumpliendo la profecía de Isaías, experimentó toda clase de sufrimientos en su pasión y participó en todos los dolores de los hombres.

La exclusión del templo, lugar santo donde habita Dios, recuerda de manera implacable a los enfermos lo que ya perciben en el fondo de su enfermedad: Dios no los quiere como a los demás. En el libro del Deuteronomio se puede leer un cántico, de rasgos arcaicos, atribuido a Moisés, donde Yahvé dice así: “Ved ahora que yo soy yo, y que no hay otro Dios junto a mí. Yo hago morir y hago vivir, yo hiero y yo sano [y no hay quien se libre de mi mano]”. (Dt 32,39).

2.1.2. La enfermedad humana y su significación en el misterio de salvación.

Las enfermedades y los dolores han sido siempre considerados como una de las mayores dificultades que angustian la conciencia de los hombres. Sin embargo, los que tienen la fe cristiana, aunque sienten y experimentan lo mismo, se ven ayudados por la luz de la fe, gracias a la cual perciben la grandeza del misterio del sufrimiento y soportan los mismos dolores con mayor fortaleza. En efecto, los cristianos no solamente conocen, por las propias palabras de Cristo, el significado y el valor de la enfermedad de cara a la salvación del mundo, sino que se saben amados por el mismo Cristo, que en su vida tantas veces visitó y curó a los enfermos.

En la Santa Iglesia, los enfermos, con su testimonio, deben recordar a los demás el valor de las cosas esenciales y sobrenaturales, manifestar que la vida mortal de los hombres ha de ser redimida por el misterio de la muerte y resurrección de Cristo. No es suficiente sólo con que el enfermo luche contra la enfermedad, sino que los médicos y todos los que de algún modo tienen relación con los enfermos han de hacer, intentar y disponer todo lo que consideren provechoso para aliviar el espíritu y el cuerpo de los que sufre.

Al comportarse así, cumplen con aquella Palabra de Cristo que mandaba a visitar a los enfermos, queriendo indicar que era el hombre completo el que se confiaba a sus visitas para que le ayudaran en su vigor físico y le confortaran en su vida espiritual. La Iglesia afirma que para los creyentes los sacramentos de la Nueva Alianza son necesarios para la salvación.

La gracia sacramental es la gracia del Espíritu Santo dada por Cristo y propia de cada sacramento. El Espíritu cura y transforma a los que lo reciben conformándolos con el Hijo de Dios. El fruto de la vida sacramental consiste en que el Espíritu de adopción deifica a los fieles uniéndolos vitalmente al Hijo único, el Salvador.

La curación siempre era vista como una bendición de Dios. Por eso, como Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, el pueblo de Israel esperaba que la intervención final de Dios traería una vida llena de salud para todos: "... y no dirá ningún habitante Estoy enfermo; pues al pueblo que allí mora le será perdonada su culpa". (Is 33,24).

2.1.3. La Respuesta de Jesús a los enfermos

Hay muchas personas que suponen que si tratan de llevar una vida de bien, ya han hecho todo lo que es necesario para entrar en el cielo. Depositán su confianza para satisfacer las demandas de la justicia de Dios sobre las buenas obras que han realizado. Se trata de una esperanza fútil. La ley de Dios requiere perfección. Como no somos perfectos, carecemos del bien necesario para ingresar al cielo. Por eso, es imposible alcanzar el bien viviendo una vida de bien.

La única manera de alcanzar el bien es confiando en la justicia de Cristo. Su mérito es perfecto y está a disposición nuestra por la fe. Creer que seamos justificados por nuestras buenas obras independientemente de la fe es aceptar la herejía del legalismo. Al verse enfermo, el israelita acudía por lo general a Dios. Examinaba su vida, confesaba ante él sus pecados y le pedía la curación. Podía recitar uno de tantos salmos compuestos por enfermos y que estaban recogidos en las Escrituras: “Piedad de mí, oh Dios, por tu bondad, por tu inmensa ternura borra mi delito lávame a fondo de mi culpa, purifícame de mi pecado”. (Sal 51,3-4).

Para quien cree en Dios las penas y dolores no son totalmente negativas, pues son también una muestra de bendición, en cuanto puede el cristiano vivir al sufrimiento de Cristo. Como dice en el Evangelio de San Juan; “Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto”. (Jn 15,2). De igual manera nos enseña que es la vid y ustedes los sarmientos, el que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto pero sin mí no pueden hacer nada.

2.1.4. Curaciones por Jesús.

Ciertamente Jesús no es un médico de profesión: no examina a los enfermos para hacer un diagnóstico de su mal; no emplea técnicas médicas ni recetas, ni remedios. Su actuación es muy diferente.

No se preocupa solo de su mal físico, sino también de su situación de impotencia y humillación a causa de la enfermedad. Por eso los enfermos encuentran en él algo que los médicos no aseguraban con sus remedios: una relación nueva con Dios que les ayuda a vivir con otra dignidad y confianza ante él.

En el Evangelio de San Juan, también podemos ver cómo sanaba Jesús a los ciegos, cojos, tullidos y parálisis, como ejemplo de ello podemos tomar la escena de donde Jesús le dijo al hombre que había sido curado de su parálisis: “Mira, has recobrado la salud; no peques más, para que no te suceda algo peor”. (Jn 5,14).

Los hombres que sanaban iban pregonando donde los judíos que era Jesús el que lo había curado, por eso los judíos perseguían a Jesús por hacer tales curaciones. Jesús todo lo hacía por el bien de sus hermanos.

2.1.5. El amor de Cristo, es nuestra fuerza

Como humanos, todos estamos llamados a crecer en la fe a través de los signos del amor de Dios: la Escritura, la Eucaristía y los otros Sacramentos, y de ese modo, la fe en el Resucitado nos impulsará a salir para llevar esta luz a cada rincón de nuestra vida, comunicándola con gestos de caridad, misericordia y perdón.

Jesús, con sus enseñanzas, provocó la más grandiosa de las transformaciones del mundo, en su mentalidad y en sus leyes. Entre muchas enseñanzas resalta el amor como la base de la convivencia humana, en la familia, en la iglesia y en la sociedad en general.

El amor que Jesús enseñó es un concepto muy elevado pero posible de practicar, de hecho, él mismo mostró en su propia experiencia como llevarlo a la práctica. Eso nos anima a pensar que el amor es posible y que es la solución a tantas situaciones de odio e injusticia que se viven a niveles individuales y sociales.

La Resurrección de Cristo ilumina con una luz nueva estas realidades cotidianas. ¡La Resurrección de Cristo es nuestra fuerza! ¿Pero cómo se nos ha transmitido la verdad de la fe de la Resurrección de Cristo? Hay dos tipos de testimonios en el Nuevo Testamento: algunos son en forma de profesión de fe, es decir, son fórmulas sintéticas que indican el centro de la fe; mientras que otros están en forma de relato del evento de la Resurrección y de los hechos relacionados con ella.

La Resurrección de Jesucristo es importante por muchas razones. Primero, testifica el inmenso poder de Dios mismo. Creer en la resurrección es creer en Dios. Si Dios existe, y si él creó el universo y tiene poder sobre él, entonces él tiene el poder de levantar a los muertos.

Si Él no tiene tal poder, Él no es un Dios digno de nuestra fe y adoración. Sólo Él, quien creó la vida, puede resucitar después de la muerte. Sólo Él puede revertir la atrocidad que es la muerte misma, y sólo Él puede quitar el aguijón que es la muerte y dar la victoria sobre la tumba. En la resurrección de Jesús de la tumba, Dios nos recuerda su absoluta soberanía sobre la vida y la muerte.

2.2. Evangelio del sufrimiento.

Los cristianos, como continuadores de la obra salvadora de Cristo impulsados por la fe, tienen el compromiso de empeñarse por los demás en mejorar el mundo apaciguando o eliminando el dolor venciendo todo obstáculo como el egoísmo, la injusticia y la explotación que causa mucho sufrimiento en los seres humanos, difundiendo, enseñando el evangelio con la noticia de la salvación, viviendo al servicio de los demás con un amor fraterno.

No era necesario que Jesús padeciera tanto para consumir nuestra redención, como ejemplo de salvación se perfeccionó con su sufrimiento y pasó por la prueba del dolor, con su ejemplo nos dejó muestras de su amor hacia sus hermanos. Es un deber del hombre eliminar el sufrimiento de los hermanos y hacer su vida más confortable sobre la tierra, la manera de conseguirlo es con dedicación, investigación, estudio y preparación para contrarrestar el hambre y la miseria y así mostrar la gloria de Dios.

El dolor físico, moral y social estará en todas las partes de la tierra, será una lucha constante para apaciguarlo con esfuerzo y sacrificio, y vamos en busca de una solución humana

Jesús, al acercarse a los miserables, manifiesta la compasión del Padre eterno hacia sus hijos atribulados. Él, siendo por completo inocente, abrazó libremente la Cruz en obediencia al Padre. Para mostrarnos la gravedad tremenda de nuestros pecados, Él los cargó como Cordero sacrificado. Y, sobre todo, para demostrarnos la profundidad sin límites del Amor de Dios por nosotros. En Cristo crucificado el enigma del sufrimiento se convierte en cauce de salvación y de vida eterna.

2.2.1. Al que sufre, hay que tratarle con dignidad

La Pasión del Hijo de Dios está abierta a ser participada por todo el que padece. María fue la primera en compartir la Pasión redentora de su Hijo. En la buena nueva paradójica de las bienaventuranzas, Jesús anuncia la felicidad eterna de los que ahora están crucificados con Él.

Se trata de una alegría hondísima, indestructible, que en medio de las penalidades comienza ya en la existencia terrena, porque se vive en un abandono total en las manos amorosas del Padre, como vivió Jesús.

Se entiende que las penas en realidad son diminutas y pasajeras en comparación con el tesoro de gloria que nos espera. Además, los manantiales de la gracia divina a favor de la Iglesia y del mundo brotan de la debilidad de los que sufren en unión de amor con Cristo. El sacrificio de la propia vida por amor de Dios hasta el límite del martirio ha sido siempre considerado en la Iglesia como la acción evangelizadora más eficaz.

Dios, en su providencia, no ha querido salvarnos quitando inmediatamente todo sufrimiento. Ha preferido el mismo hacerse compañero nuestro en el sufrir y padecer con nosotros, para amarnos mediante el sufrimiento y convertirlo así en instrumento de salvación. Mirando al Crucificado ya nadie puede creerse en sus angustias incomprendido u olvidado por Dios.

Así nos ha demostrado que nos ama con locura. Y, por decirlo con una imagen, ha inyectado en nuestro pecado la vacuna de su Amor, que todo lo hace nuevo. El máximo poder se manifiesta en la potencia divina para sacar de lo peor lo mejor. Es el milagro de amor que cambia el pecado en arrepentimiento y la muerte en resurrección. Como la flor que brota hermosa en el estercolero. Para los que se dejan transformar por el amor de Dios todo es para bien.

A través de nuestras pruebas el Señor nos va ayudando para que nos convirtamos de nuestros pecados, dejemos de vivir en la superficialidad falsa y entremos con Él tras romper la cáscara en el meollo del sentido de nuestra vida.

Además, a la luz del evangelio del buen samaritano y del juicio final, Jesús nos enseña que, en el programa mesiánico del Reino de Dios, el mundo del sufrimiento tiene otra finalidad capital: invocar al mundo del amor. Se esconde un misterio de valiosísima dignidad en el que sufre y en el que se le acerca.

Ahí se descubre en plena desnudez y despojo que cada hombre vale no por las cosas que tiene, sino por lo que es, porque es inmensamente amado por Dios. Jesús crucificado se halla misteriosamente presente en toda persona que sufre. Y el mismo Jesús, mediante todo discípulo suyo que vive el Evangelio de la misericordia, quiere seguir acariciando con su amor compasivo a cada persona que llora en su desconsuelo.

Por tanto, en Jesucristo compasivo con los que padecen, crucificado por nuestra salvación y resucitado para darnos vida, el enigma del sufrimiento humano se transforma en la máxima manifestación y comunicación en el mundo del Amor infinito de Dios. El sufrimiento, convertido por Cristo en amor, es evangelio, anuncio jubiloso. Suscita, en quien lo entiende, gratitud y esperanza.

2.2.2. El sufrimiento en la enseñanza San Juan Pablo II: “Salvifici Doloris”

En la introducción de la carta apostólica *Salvifici Doloris*, San Juan Pablo II, recuerda a todos las sorprendentes palabras de san Pablo a los Colosenses: “Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo lo que falta a las tribulaciones de Cristo en mi carne, en favor de su cuerpo, que es la Iglesia”. (Col 1,24).

Al explicar las enseñanzas de San Juan Pablo II, el Cardenal Saraiva nos dice que:

Las tribulaciones de Cristo, hombre - Dios, de valor infinito, no necesitan otros sufrimientos para salvar, pues constituyen la única causa de salvación para todos. El poder ilimitado de sus sufrimientos confiere lo que falta a las tribulaciones de todo hombre que sufre. Sin embargo, es necesario aprovechar los dones que produce la cruz de Cristo. Jesús, por decirlo así, ha preparado un banquete, en el que no falta ningún manjar; lo único que falta es que cada uno ocupe su lugar en la mesa y consuma los manjares preparados también para él. El convidado, ataviado con los sufrimientos que Dios mismo da a cada uno como vestido, completa la mesa (Saraiva, José M. (2003) *Evangelio del Sufrimiento en el Magisterio de Juan Pablo II*. Italia).

Cristo salva por medio de la muerte de su cuerpo de carne; el hombre es salvado y ayuda a salvar con las tribulaciones de Cristo, el cual ofrece a cada uno el don de sufrir como él y con él, a fin de seguir salvando en él, también mediante el sufrimiento de su propia carne. Los sufrimientos del cristiano, vividos juntamente con las tribulaciones de Cristo, permiten donar los beneficios de Cristo a su Cuerpo místico.

Así pues, la Iglesia no sólo es el Cuerpo de Cristo salvado por los sufrimientos del hombre-Dios; también es su Cuerpo místico, que sigue salvando al mundo mediante los sufrimientos de sus miembros. Estos completan así, por vocación recibida del Señor, las tribulaciones de Cristo.

El evangelio del sufrimiento en el magisterio de San Juan Pablo II no ha sido simplemente un capítulo de una carta apostólica; no sólo ha sido un párrafo de un documento oficial. Ha sido mucho más: Se ha convertido en carne y sangre en la persona misma del Sumo Pontífice; se ha transformado en magisterio vivo.

Él lo ha anunciado en su preocupación por el mundo, atormentado por guerras y por la sordera ante sus incansables llamamientos a la paz; en él se ha convertido en labor misionera al contacto con los dramas del pueblo de Dios, al que ha sabido hablar de esperanza.

El sufrimiento, escribió San Juan Pablo II, es tan profundo, misterioso como el hombre. Podríamos decir que pertenece a la transcendencia del hombre. Parece ser, y lo es, casi inseparable de nuestra existencia terrena. La Iglesia, nacida del dolor del Verbo

Encarnado que murió por nosotros, está obligada a buscar el encuentro del hombre, de modo particular, en el camino de sus penas de cualquier tipo, porque el sufrimiento humano es más amplio que la enfermedad; el hombre sufre cuando experimenta cualquier mal, lo que aporta dolor, tristeza, desilusión, abatimiento y hasta desesperación.

Es difícil dar respuesta al interrogante: ¿por qué el mal? Puede que, alguna vez, sea castigo a las depravaciones humanas, pero el ejemplo de Job, hombre bueno y recto que tanto padece, muestra que muchas veces no es así. En otras ocasiones, se podría pensar, que son los gritos desesperados de Dios buscando la conversión del hombre, más importante que los bienes terrenos. Aun así, quedarían muchos males por explicar, buena parte de ellos fruto de la libertad humana ¿Y los restantes? Las catástrofes naturales aunque seguramente efecto de un cosmos inmenso, pero imperfecto, el dolor, el hambre y la muerte de inocentes, ¿cómo se explican?

Dios Encarnado, quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, como escribió también el Apóstol de las gentes. Sí, Dios amó así al mundo para salvarlo. Y salvar es liberar del mal en su sentido fundamental y definitivo. Cristo hombre que sufre la sed, el cansancio y el hambre, que padece duras contradicciones, que no tiene donde reclinar su cabeza, Cristo torturado hasta la muerte es la respuesta del Amor de Dios a los males de los hombres.

Cristo compadecido de ciegos y lisiados, de sordos y muertos, de hambrientos de pan y de doctrina, de pecadores en trance de perecer como la mujer adúltera, ese Cristo da sentido a todos los males que no acabamos de entender. Quizás entones se cumplen en cada uno las palabras de san Pablo que abren este párrafo. Todo sufrimiento, cualquier dolor, la calumnia soportada y la injusticia sufrida; nos unen a Cristo, es lo que falta a la pasión de Cristo.

La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre; una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir, mediante la compasión, a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana, que no es capaz de reconocer en el hermano la presencia de Jesús sufriente y misericordioso.

Dios permitió que satanás afligiera a Job con diferentes calamidades para probar su fe, satanás le dejó en la más profunda pobreza, lo dejó sin hijos y le puso una terrible enfermedad, pero Job mantuvo por sobre todas las circunstancias su integridad como hijo de Dios; finalmente después que pasaron las pruebas que Dios permitió, Dios mismo lo colmó de ricas y abundantes bendiciones. “Mirad cómo proclamamos felices a los que sufren con paciencia. Habéis oído la paciencia de Job y sabéis el final que el Señor le dio; porque el Señor es Compasivo y Misericordioso”. (St 5,11).

Por la fe que nosotros los cristianos profesamos, tenemos que sufrir alguna vez en nuestra vida. Sabiendo que llevar la Cruz como cristiano es imitar al Maestro que llevó y sufrió la cruz, aceptándola como él, llevándola como él y amándola como él. Pero llevar la cruz no es bien visto en nuestros tiempos cuando más bien dedicamos nuestros esfuerzos a ahuyentar el sufrimiento y buscar el bienestar material por encima de todo.

2.3. Salud y enfermedad, el cristianismo frente a la medicina

Dentro de las Pastorales, es particularmente bella “Pastoral de la Salud”, ya que nos refleja cómo Jesús, al acercarse a cada uno de los enfermos, muestra una metodología basada en el amor. Un amor que lo puede todo, lo transforma todo, vuelve a la vida a un ser que está sometido al sufrimiento, al dolor.

La oración sana la enfermedad, pero no se deben descartar los servicios del médico. Es muy clara la Sagrada Escritura al decir que la cura, la mejoría del enfermo pasa por las manos del médico y que es necesario rogar al Señor para que nos ayude a encontrar los medios para aliviarnos y sanar la vida. (Cfr. Sir 38,11-15).

Al médico no se lo debe despreciar porque fue la voluntad del Padre que la persona llamada médico tuviera los conocimientos suficientes para curar al enfermo. En Sirácida el texto nos dice:

“Ofrece incienso, un memorial de flor de harina y ofrendas generosas según tus medios. Luego recurre al médico, pues el Señor también lo ha creado; que no se aparte de tu lado, pues lo necesitas, hay momentos en que la solución está en sus manos. También ellos rezan al Señor para que les conceda poder aliviar el dolor, curar la enfermedad y salvar tu vida”. (Sir 38,11-15).

El ser humano, en su estado crítico como la enfermedad, se encuentra en una situación emocional, donde quiere ser asistido física y espiritualmente, para comprender y aceptar su realidad. Es común la ausencia de familiares frente a la realidad de sus enfermos, lo que se manifiesta en muchos hermanos como son: El descuido, la falta de atención, el abandono, el poco interés por el otro incluso hasta se avergonzarse de su ser querido cuando está en malas condiciones.

Con frecuencia la familia se preocupa más por el estado de salud física, sin dar prioridad al diálogo, al saber escuchar. Pensemos que el acompañar a un enfermo es pasar cuidadosa y delicadamente con el enfermo en búsqueda: De ayudarlo a dar sentido a su vida. El acompañante ciertamente se debe mostrar responsable de la vida del enfermo.

Para que exista un buen acompañamiento es necesario que haya oración, que se concientice en los Sacramentos de la Eucaristía, como en el perdón consigo mismo y con los demás, la Unción a los enfermos. Tomando conciencia de los Sacramentos, el acompañante ayuda al enfermo a tener un cercamiento con Cristo, acompañamiento Espiritual y a prepararse para una buena muerte.

Todo ser humano en la vida experimenta el dolor y la enfermedad, y es fundamental deber de la Iglesia Católica, de los pastores de la misma y de todos los laicos, cuidar de todos sus creyentes para que reciban el acompañamiento pastoral en el ámbito humano y espiritual. “Si cada hombre es hermano nuestro, con mayor razón el débil el que sufre y el necesitado de cuidados, deben estar en el centro de nuestra atención, para que ninguno de ellos se sienta olvidado o marginado”. (Benedicto XVI. (2010) Mensaje del Santo Padre, para la XIX Jornada Mundial del Enfermo.).

Son muy profundas las palabras del Papa Benedicto XVI. El hermano débil no solo es el que padece de algún síntoma físico, sino aquel que se siente desprotegido, el que sufre de dolores espirituales como la falta de fe, el pobre en misericordia, ante ellos el acompañante debe mostrar una actitud positiva, una actitud de acogida, usar la metodología instruida por Jesús, que es el verdadero amor.

El Santo Padre, Benedicto XVI. Propone que todos los voluntarios y personas que se encargan de asistir a los enfermos sean “ojos para los ciegos y pies para el cojo”. La asistencia que le podemos brindar a un ciego a un cojo es con la oración. Los recién casados también pueden pasar este síntoma de la enfermedad y la debilidad por eso el Santo Padre les pide guardar y vivir siempre el mandamiento del amor.

El Espíritu Santo se manifiesta en las personas que acuden a un enfermo para que los enfermos reconozcan a Cristo en los hermanos y hermanas que los asisten. Una de las mayores satisfacciones debe ser asistir al hermano enfermo poniendo el corazón, ya que habrá necesidad de atenderlo ordinariamente en las necesidades básicas como son el peinarlo, cambiarlo de ropa, alimentarlo, es muy fácil atender a un enfermo, pero esta tarea suele aparecer como conflictiva cuando esta atención es durante meses, años, inclusive esta atención por parte del enfermo puede ser no agradecida.

En estos momentos mencionados, se debe invocar la ayuda, asistencia y cercanía de Dios. La única intención del acompañante para con el enfermo debe ser “amar y consolar”. El ser humano tiene grabado en su ser un sentido de solidaridad y concientización sobre la vida y la permanencia en el mundo

La vida humana tiene un valor por sí misma intrínseca:

a) Es inviolable, en cualquiera de sus etapas; b) este valor no se pierde por la vejez, la enfermedad o la “inutilidad” social; c) ella no debe ser manipulada con otros fines distintos a ella misma; d) porque, somos seres humanos, somos sujetos de valores y derechos.

El enfermo sufriendo como Cristo y con Cristo, imprime a sus malestares una redención santificadora, ya que acepta voluntariamente sus enfermedades y ante ello debe mostrar una actitud de alegría, santidad, nueva vida, para los hombres, desde vuestro puesto oscuro de la casa o del hospital.

El dolor, por sí mismo no tendría razón de ser, la actitud cristiana llenándolo de caridad y entrega generosa, lo hace fructificar en su valor más profundo convirtiéndolo en instrumento santificador para la Iglesia. Cuando el sano se compromete hacer oración por el enfermo, no habla precisamente de una oración con la que, haciéndola diariamente, se consiga el milagro. Jesús pide hacer una oración al estilo de Abraham, que luchaba con el Señor para salvar la ciudad de Sodoma y a su hermano Lot.

Dios pide que cada intención sea pedida con fe y confianza. Transmitir en la familia una actitud de fe, sobre todo cuando hay enfrentamiento ante el sufrimiento físico o espiritual de un enfermo y aún más si es un ser querido. La convicción más profunda de la fe, es que Dios es el Señor del pueblo, el autor de la vida. Todo está en sus manos, también la salud.

Es él quien controla todo y todo lo conduce, pues fue el quien llevó al pueblo desde Egipto hasta la posesión de la tierra prometida donde mana leche y miel. Es Yahvé, el Dios del Pueblo, quien decide sobre la vida y la muerte y manda la salud y la enfermedad. El Señor es dueño de todo lo existente en la Tierra.

Sin embargo el seglar que se dedica a cuidar de los enfermos es visto como un retrógrado, como un chapado a la antigua, como un poco sabio, esta imagen, esta filosofía mal planteada ha generado una falta de fe, vida y razón. De ahí el coraje y valentía que se debe tener al defender la fe, al no vivir bajo la tendencia del que dirán. El carisma que cuida del enfermo debe ser paciente, alegre, optimista, y veraz. El Misterio de Cristo llena de compasión por los más pequeños y enfermos.

Cuando una persona se enferma, humanamente se siente abatida, y se pregunta ¿Por qué? El dolor físico que padece el hombre, crea abismos de sentimientos, grandes vacíos, vacíos de amor. Y viene la interrogación ¿cómo sanar estas enfermedades? porque son más dolorosas las enfermedades psíquicas que las corporales. Sólo Dios puede colmar estos vacíos de amor que el enfermo genera en su corazón, porque las enfermedades nos dejan ver la entrañable misericordia de nuestro Dios.

Gracias a la misericordia de Dios y a la conversión del corazón, el ser humano puede alcanzar la sanidad de cuerpo y alma. Para la Iglesia es muy importante cada vida, por lo tanto es necesario comenzar a vigilar, preservar y enaltecer la salud física y espiritual, poniendo como médico a Jesús, que nos trae vida en abundancia.

2.3.1. Pastoral de la Salud

Se debe tener una mejor comprensión con los términos de salud; antes se hablaba de una Pastoral de Enfermos, pero hoy se habla más ampliamente de la Pastoral de la Salud. Este cambio se ha realizado porque al hablar de la Pastoral de los enfermos hablamos de una atención y un cuidado únicamente a los enfermos, pero al hablar de salud va mucho más allá, en una comprensión de la Pastoral como servicio a la salud integral de todo ser humano.

La Pastoral de la Salud no se refiere únicamente tan solo a visitar al enfermo, sino en salvar su vida, su derecho a la salud, el promover hábitos alimenticios, tomar iniciativas contra la soledad, ayudar al hombre y a la mujer de hoy a afrontar la muerte o la vejez de una manera más digna y esperanzada, de acompañar a las familias que sufren en esos momentos. La Pastoral atiende todo lo que esté al servicio de la vida, estimulando la “cultura de la donación”, la prevención, la lucha contra el deterioro de la vida, por medio de la sensibilización y la educación, llevando a la persona a la felicidad.

La tarea fundamental de una buena Pastoral de Salud es evangelizar, siguiendo el modelo de Jesús evangelizador. El acompañante debe tener la responsabilidad, caridad de acogerlos, a los enfermos, escucharlos, comprenderlos, ayudar a entender que no está solo y mucho menos abandonado de Dios. También se debe orar con ellos y por ellos, ofreciéndoles la Palabra de Dios y los sacramentos que sanan, ayudándoles a comprender que son aceptados y queridos, por su entorno que es la comunidad, ayudándoles a recuperar la presencia de Jesús, su palabra, su testimonio y su compromiso con la vida.

Toda Pastoral siempre tiene que ser en servicio del hermano, de forma desinteresada, y voluntaria con el fin de darle un buen trato y hacerle sentir bien al enfermo. Y es muy importante el apoyo que brinda la comunidad al religioso, religiosa o seglar encargados de la Pastoral de la Salud.

Cuando una persona está enferma no es la única que debe luchar por la sanación, es todo un equipo el que se une a su dolor que es más humano que físico, en este dolor está el médico responsable de su mejoramiento, los que se consagran al cuidado de los enfermos, y deben usar todos los recursos que a su criterio, sanen al enfermo física y espiritualmente, se debe preocupar por la persona entera y facilitarle un alivio físico como un descanso espiritual.

Una de las fortalezas en la Pastoral de la Salud es la Eucaristía, para ayudar eficientemente al ser humano se debe procurar que en los hospitales, en las clínicas, en las capillas y en las familias; Jesús sea el centro de todo, sabiendo que la Eucaristía, es fuente de vida, consuelo y esperanza donde se manifiesta es verdadero amor del Padre celestial.

2.3.2. Los que atienden al enfermo

El Evangelio de San Marcos informa que la mujer que buscó a Jesús para quedar libre de su hemorragia, “Y que había sufrido mucho con muchos médicos y había gastado todos sus bienes sin provecho alguno, antes bien, yendo a peor”. (Mc 5,26).

Este es un pasaje muy claro de que la fe, alivia, calma, cura el mal. Para aquella mujer en aquel tiempo bastaba solo con tocar la ropa de Jesús para curar sus males. Jesús, el que lo sabe todo, nota y pregunta que quien fue él que lo tocó, muchas veces la duda invade el corazón no permitiendo la sanación, aquella mujer se acerca a Jesús, asustada y temblorosa se postra ante él para contarle toda la verdad. Jesús le dice “hija, tu fe te ha sanado; vete en paz y queda curada de tu enfermedad”. (Mc 5,34).

Todos los sacerdotes y seglares, debemos brindar amor y acogida al necesitado sabiendo que la práctica de la caridad con el enfermo no necesita estudios, ni grandes aptitudes, está al alcance de los más sencillos, solamente requiere de voluntad y espíritu de entrega. Una de las pastorales más importantes es la Pastoral de la Salud, su actitud demuestra una responsabilidad y eficacia tanto desde el punto de vista humano como cristiano. La Pastoral ha sido casi siempre identificada con la vocación sacerdotal.

En el siglo XXI donde la gente transita agitadamente, sin tomar en cuenta el tiempo, llenos de preocupación, hay una estadística elevada de almas enfermas: neurastenias, psicosis obsesivas, depresiones nerviosas, complejos íntimos de mil clases y grados. La Pastoral de la Salud no puede desconocer el mundo del enfermo, un mundo casi sin fronteras, en que los hombres se ven acosados por el desequilibrio en los elementos de su personalidad.

Servidores incondicionales y abnegados del hombre, en su cuerpo y en su alma, los seglares de la Pastoral de la Salud, merecen la gratitud y la admiración de la humanidad y deben ser respetados por todos. La misión de los seglares encargados de la Salud es la de esforzarse por devolver la tranquilidad a esos espíritus atormentados y esa misión tiene “la importancia de un verdadero y sagrado ministerio”. (Papa Pío XII)

Generalmente los enfermos son auxiliados más eficazmente por los médicos, ordinariamente quedan solos, al menos en los dispensarios, hospitales, y si toda enfermedad trae como complemento soledad al paciente queda hoy mucho más solo con su mal. Solo con sus pensamientos, se encierra en sí mismo, si tuvo buena formación cristiana y no ha perdido su fe su soledad lo hace reaccionar como hijo pródigo y siente la necesidad de ir al Padre, así han vuelto muchos despreocupados a la casa Paterna.

Por eso es de lamentar que se haya entibiado tanto la fe, porque quienes no han perdido el sentido religioso, al centrarse en sí mismos en sus largas horas de soledad y aislamiento, se orientan hacia Dios, en busca del apoyo, de la seguridad y del consuelo que las cosas y los hombres los niegan totalmente.

En relación con el seglar de la salud, hay que subrayar tres puntos que son relevantes en orden a ejecutarse que el derecho a la salud sea efectivo e igualmente para que la lucha por la salud se realice de manera integral, humana y humanizada:

a) Vocación:

No es fructífero confiar a una persona el desempeño de una misión sin vocación y sin actitud ni aptitud suficiente para realizarla, en razón:

b) Formación Integral:

La formación deber ser completa, armónica, básica y especializada, cuando así lo requiera la misión que se ejerce.

c) El ejercicio de toda profesión, además de la salud de acompañante, exige: espíritu de servicio, sentido profesional y gran respeto al enfermo.

2.3.3. Amor como fundamento

El fundamento más profundo de la medicina es el amor. Si nuestro amor es grande, así también será grande el fruto que de él obtenga la medicina y si es menguado, menguados serán también nuestros frutos. Hay que amar mucho a los enfermos para ser capaces de servirles y de servirles con el respeto, dignidad y veneración que merece su condición de personas humanas.

Cuando se habla del enfermo, también se corre el riesgo de intentar humanizar al otro sin humanizarse a sí mismos. Y para esto no es suficiente descubrir los problemas y sus causas. Para humanizarse en profundidad y llegar a ser agentes auténticos de humanización es imprescindible descubrir los valores existentes en nosotros y en nuestra comunidad, valores que nos capacitan y potencian en el servicio a los pobres, a los enfermos y a los necesitados.

Es imposible realizar y vivir gozosamente nuestra misión junto al hombre que sufre, si no estamos convencidos plenamente de que la persona humana, considerada en sí misma, imagen de Dios, es portadora de una serie de valores que la hacen digna de Dios.

CAPÍTULO III

EL ACOMPAÑAMIENTO AL ENFERMO

3.1. El encuentro salvífico con Cristo por medio de la enfermedad.

La Iglesia acoge a los enfermos no solamente como objeto de su cuidado amoroso, sino también porque reconoce en ellos la llama a vivir su vocación humana y cristiana y a participar en el crecimiento del Reino de Dios con nuevas modalidades, “Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo lo que falta a las tribulaciones de Cristo en mi carne, en favor de su cuerpo, que es la Iglesia”. (Col 1,24).

Un corazón feliz y sano es cuando ha recibido la gracia de Dios, a través del Espíritu Santo encontrándose liberado de todo mal, sin embargo el sufrimiento, el dolor y la angustia estarán siempre presentes, acompañados del pecado. Aunque Jesús no cometió ningún pecado sufrió muchos tormentos que los asumió por la salvación del hombre, apaciguando el dolor humano y permitiendo ver la luz de la Resurrección.

Dios siempre en cada momento nos invita a que nos animemos, que no nos deprimamos y que nos unamos a su vida, muerte y resurrección: Él nos muestra a que este camino lo hagamos de la mano de nuestros hermanos. Ha esto responde la iglesia cuando nos a hacer la oración comunitaria, las peticiones por los enfermos en las liturgias no solo por la salud del alma sino también del cuerpo, para que el mal se aleje y poder caminar por el camino del bien, encontrando la fuerza de la gracia de Jesús.

Dios con su bondad nos pide que mantengamos viva la fe “Y le vienen a traer a un paralitico llevando entre cuatro. Al no poder presentárselo a causa de la multitud, abrieron el techo de encima de donde él estaba. Y, a través de la abertura que hicieron, descolgaron la camilla donde yacía el paralitico. Viendo Jesús la fe de ellos, dice al paralitico: “Hijo, tus pecados te son perdonados”. (Mc 2,3-5).

Cuando nos encontramos enfermos del alma y del cuerpo, a veces podemos entrar en desesperación y renegamos de la vida y aun de Dios, sin darnos cuenta que nunca nos abandona. Es importante que los enfermos procuren tener un tener un encuentro con el Señor mediante los Sacramentos de la Reconciliación, la Unción de los Enfermos y la comunión Eucarística.

Una de las misiones importantes de los Sacerdotes es asistir a los enfermos llegando a cada uno de los seres humanos que necesitan ayuda, en el lugar donde ellos se encuentren. Es importante conocer que los Sacramentos nos ayudan a la vida de la fe, nos permite el encuentro personal con Cristo, mediante la acción del Espíritu Santo.

El hombre actual puede ver en ellas el reflejo concreto del obrar de Jesús, de su amor por cada persona, así cada hombre puede experimentar que es posible decir con el apóstol Pablo “y ya no vivo yo, sino Cristo vive en mí. Esta vida en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y me entrego así mismo por mí...”. (Ga 2, 20).

En este mundo globalizado, nos encontramos sumergidos, en la violencia, el crimen, la extorsión, invadidos por el mal, enfermos por el pecado, el materialismo no nos permite pensar ni dedicar un momento a Dios, creemos que somos los únicos y autosuficientes que no necesitamos de nadie y cuando llega el momento de la enfermedad y el sufrimiento, entonces estamos vacíos pues, los bienes materiales no sirven de nada.

Nuestra fe nos muestra que Dios es la verdad, el camino y la vida, él estará con nosotros hasta el fin de nuestra vida como compañero, nunca nos abandona; él está en el enfermo, en el que más lo necesita porque vino por todos y él nos permite comprender su palabra encendiendo los corazones, iluminando nuestra mente, con su fuerza inspiradora.

En la Iglesia la vida consagrada crece en progresiva maduración para convertirse en anuncio de un modo de vivir alternativo al del mundo y al de la cultura dominante. Con su estilo de vida y la búsqueda de lo Absoluto, casi insinúa una terapia espiritual para los males de nuestro tiempo. Por eso, en el corazón de la Iglesia representa una bendición y un motivo de esperanza para la vida humana y para la misma vida eclesial.

Con un estilo de vida coherente y de fe debemos enfrentar los males que se presentan en el tiempo, la Iglesia es el corazón para nuestra fe y esperanza de toda la humanidad. Encontrando la presencia de Cristo, quien cura nuestra soledad, enfermedad y sufrimiento, debemos vivir una vida rica en valores mediante nuestra obediencia y arrepentimiento en busca de la espiritualidad mediante la comunión con Cristo.

Que misericordia de Dios cuando ablanda nuestro corazones y agradecemos por el dolor de aquella época, en verdad en esos momentos el dolor es amargo cuando muere nuestras vidas, nos encontramos solos desamparados sin tener a quien voltear la mirada y la desesperación nos invade el alma y el corazón, volviéndonos inútiles y muchas de las veces renegamos del Creador, pero que maravilloso cuando comprendemos su sentido, porque el dolor de la vida es un paso seguro hacia Dios.

Una vez más encontramos la presencia del Señor, en los momentos difíciles cuando tenemos altos y bajos y él nos extiende sus manos sin tomar en cuenta nuestras debilidades y nos da cada día más entusiasmo, su amor es eterno y silencioso que da fortaleza a la vida y cuando nos olvidamos nos sentimos inútiles y vacíos como que algo nos falta.

Es el momento oportuno para ver la luz en las tinieblas e incrementar la fe y la esperanza, no olvidemos que Dios nos puso en la tierra para hacer algo maravilloso por los demás y que vivamos en paz y con mucho amor haciendo una vida bonita y llena de ilusiones. Hay seres humanos que estando sanos de su cuerpo se sienten desgraciados, infelices y desconsolados; están vacíos por dentro; necesitan la presencia de Cristo para poder quitarse la venda de sus ojos y ver lo hermoso que Dios nos ha dado un inmenso paraíso lleno de muchas ilusiones para poder andar por el camino recto que nos lleve a la verdad eterna.

Cuando lo tenemos todo y estamos sanos, nos sentimos felices y muchas veces egoísta no necesitamos de nadie. Esta perfección nos lleva a olvidarnos de Cristo y él quiere seguir admirándonos, en cada momento observa nuestras obras, no olvidemos que nos enseñó la caridad por los enfermos a todos los que encontró a su paso les dejó una caricia especial, solamente hace falta gran corazón y espíritu de entrega,

Las enfermedades que se nos presentan son es el camino para encontrarnos personalmente con Cristo y con Dios, por eso la iglesia está siempre preocupada por las enfermedades espirituales y corporales del ser humano. Por lo que nos enseña a todos nosotros a tener, humildad, sencillez, abnegación, constancia y espíritu de gran sacrificio. En el mundo actual el estrés es muy elevado por la preocupación y los problemas que se presentan en todos los campos, lo que da origen a un elevado porcentaje de almas enfermas, llevando al ser humano a grandes desequilibrios mentales, menoscabando su personalidad.

En el Evangelio de San Marcos nos dice “Y otra vez se puso a enseñar a orillas del mar. Y se reunió tanta gente a él que hubo de subir a una barca y, ya en el mar, se sentó; toda la gente estaba en tierra a la horilla del mar”. (Mc 4,1).

Lo que nos quiere decir es que así como Jesús hizo por los enfermos nosotros debemos hacer hoy por nuestros hermanos, no debemos olvidar el cuidado pastoral de los enfermos, dentro de una comunidad cristiana. Precisamente este modelo expresa la realidad de la fraternidad de todos nosotros en cuanto participamos de la vida de Cristo.

3.2. La comunidad cristiana y los enfermos

Entre la vida en su fase terrena y el sufrimiento no exista oposición radical, sino que el sufrimiento entra como elemento constitutivo de nuestra existencia. Aceptar la vida significa admitir también la realidad del sufrimiento y de la muerte. El problema no es cómo no sufrir, sino saber reaccionar ante el sufrimiento y disminuir las causas que lo agravan.

Es importante resaltar, que cuando el hombre se encuentra enfermo, sufre y quiere ser valorado por la sociedad y la familia, pero muchas de las veces ellos dan la espalda. Cuando la enfermedad se apodera del ser humano, es un llamado a la reflexión, por parte de la comunidad, familia y la Iglesia, para caer en cuenta del papel importante que tenemos a fin de dar aliento al enfermo a que el dolor sea más leve.

La Iglesia sensibiliza e incentiva al servicio de la comunidad quien debe asumir el rol de velar por el cuidado de los enfermos con solidaridad; esta es la manera de acercarse, cuidar y amar como Jesús nos enseñó. No siempre podemos encontrar la cura a la enfermedad, lo importante es tratar a estas personas con respeto y mucho cariño en los momentos cuando se sienten triste, tienen miedo, angustia, desconsuelo y desesperación, aquí es necesario la presencia del sentido de humanidad y testimonio al servicio de los demás.

Jesús nos libera de las angustias inherente a las enfermedades mediante su misericordia de Dios, la comunidad tiene la tarea de ayudar al encuentro personal con el Señor que libera y salva por lo que la Iglesia debe cumplir con el papel importante de acogimiento fraternal.

La palabra de Dios es la luz del enfermo, le permite cambiar de actitud cuando el sufrimiento lo atormenta. Solo la fe, la esperanza y el amor, le dan la fortaleza para hacer frente a los sufrimientos y ser testimonio de su dolor, sensibilizando a los demás y enseñando a ser solidarios. En este momento difícil el acompañamiento y la asistencia espiritual a los enfermos y a sus familiares es parte de la tarea de la comunidad cristiana como verdaderos hermanos y discípulos de Jesús, poniéndose al servicio de los demás, con paciencia, dedicación, generosidad y caridad.

En esta actividad de la comunidad cristiana con los enfermos podemos distinguir tres aspectos: a) cuidar al enfermo en los momentos difíciles, b) integrarlos en la Comunidad Cristiana como miembros activos, c) Integrarlos a la sociedad.

3.3. La Unción del enfermo

Jesús con su actitud decidida, y un sentido de amor muy profundo para su prójimo, buscaba siempre lo mejor en especial para los enfermos: “¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que oren sobre él y le unjan con oleo en el nombre del Señor”. (St 5,14).

Para Jesús, lo más importante era la oración hecha con fe, aquella es como el bálsamo que permite que todo aquel que no pueda levantarse se levante y al que ha cometido pecado se le perdona. Los apóstoles, siguiendo el ejemplo de Jesús, curaban a los enfermos: ciegos, cojos, sordos. Ellos “expulsaban a muchos demonios, y ungián con aceite a muchos enfermos y los curaban”. (Mc 6,13).

“Los Evangelios muestran claramente el cuidado corporal y espiritual con que el Señor atendió a los enfermos y el esmero que puso al ordenar a sus discípulos que procedieron de igual manera. Sobre todo, reveló el sacramento de la Unción, que instituido por El y proclamado en la carta de Santiago, fue celebrado siempre por la Iglesia a favor de sus miembros, a los que unge por los que ora, encomendando a los enfermos al Señor doliente y glorioso para que los alivie y los salve”. (Pardo Andrés, (1999). *Ritual de los Sacramentos*. p. 110. Madrid: Fareso, S. A.).

El único que puede dar la Unción de los enfermos, es el sacerdote, el que con la ayuda de óleo que es bendecido por el obispo el Jueves Santo, y una oración de la unción a los enfermos diciendo: Por esta Santa Unción y por su bondadosa misericordia te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo para que libre ya de los pecados, te salve y te alivie por su benignidad.

La Unción une al enfermo a la Pasión de Cristo para su bien y el de toda la Iglesia; obtiene consuelo, paz y ánimo; obtiene el perdón de los pecados, restablece la salud corporal y prepara el paso a la vida eterna. El enfermo al unirse libremente a la pasión y muerte de Cristo, por medio de la Unción a los enfermos, enriquece a la Iglesia de Dios.

La Iglesia a su vez por la comunión de los santos, intercede por el bien del enfermo y, por la gracia de este sacramento, favorece a la santidad de la Iglesia y al bien de todos los hombres por los que la Iglesia sufre y se ofrece, por Cristo, a Dios Padre.

La Unción de los enfermos, da la gracia del Espíritu Santo a aquellos que están enfermos, con esta gracia, la persona es ayudada y salvada, es sostenida por la confianza en Dios y reforzada contra las tentaciones del Maligno y la angustia por la muerte. La persona enferma es capaz de tolerar con valor los sufrimientos, gracias al amor de Dios que recibe en el sacramento.

Cuando el enfermo está gravemente mal, es responsabilidad de la familia y los amigos avisarle al párroco u otro sacerdote que pueda celebrar el Sacramento de la Unción de los enfermos. Así mismo es responsabilidad de la familia disponer al enfermo con bondad y prudencia, para que reciba los sacramentos a su debido tiempo. En la Santa Unción, que va unida a la oración de la fe, se expresa ante todo la fe que hay que hacer suscitar tanto en el que administra como de manera especial el que recibe el sacramento.

3.3.1. La Unción comienza en la vida

La verdadera liturgia de la Iglesia con los enfermos no espera a la celebración; comienza con la vida, hecha servicio.

La Comunidad cristiana culmina y celebra litúrgicamente, en la Unción, su solicitud, sus cuidados y desvelos por los enfermos, su presencia fraternal junto a ellos. La expresa por el ministro que la preside, signo de la presencia de la misma Iglesia; con la oración de fe y el gesto de ungir con el óleo al enfermo; con la participación activa del enfermo que manifiesta su experiencia y su fe y contribuye así a la edificación de la Iglesia.

Con la presencia y la participación activa de la comunidad cristiana tanto en la preparación como en la celebración de la Unción, porque los conoce y quiere vivir este acontecimiento con ellos y porque como ellos se sabe limitada y necesitada de la ayuda del Señor. El enfermo puede así percibir que no está solo y sentirse confortado con el respaldo de la comunidad.

3.3.2. La Unción continúa en la vida

La unción reenvía, compromete y da fuerzas a la comunidad cristiana que la celebra para mostrar con su comportamiento lo que ha celebrado en el sacramento; que el enfermo no está solo, dejado de la mano de Dios; que Cristo está a su lado como compañero de camino; que no va hacia la nada; que tiene un lugar y un papel en la comunidad y en el mundo; que nada ni nadie podrá apartarle del amor de Dios manifestado en Cristo.

Sería una mentira y una hipocresía hablarle al enfermo de que Dios no le abandona y tenerle abandonado nosotros; decir a los enfermos que tienen una misión en la comunidad y no permitirles en la realidad desempeñarla.

El sacramento de la Unción confía a la Comunidad cristiana la tarea y la responsabilidad de sanar, con la fuerza del Espíritu, al enfermo y al que se cree sano; dando sentido a sus vidas; dinamizando el potencial de salud que hay en ellos; despertando la fe y el amor que son una fuente de salud; creando espacios en los que el enfermo se sienta acogido, escuchado y querido como él es; fomentando una vida comunitaria en la que las relaciones sean saludables y no insanas. El sacramento recuerda a la Comunidad que la tarea de sanar le conduce a cargar con las enfermedades y dolencias de sus miembros enfermos.

3.3.3. Todos, responsables de atender a los enfermos

Todos los miembros de la comunidad cristiana participan en la misión de la Iglesia de atender a los enfermos, y son responsables de realizarla, si bien cada uno ha de hacerlo en función del carisma recibido y del ministerio que la Iglesia le ha encomendado, en corresponsabilidad con todos los demás. Si es verdad que los obispos, presbíteros y diáconos, por razón de su ministerio, deben manifestar su preferencia por los enfermos, la obligación de atenderles es cometido de todos y cada uno de los componentes de la comunidad cristiana.

Todos los cristianos son invitados a cuidar, según sus posibilidades, a aquellos a los que ha golpeado la enfermedad, a visitarles, confortarles en el Señor, a prestarles una ayuda fraternal en todo lo que necesiten.

“Para dar una eficacia mayor a la pastoral entre los enfermos es necesario que toda la comunidad cristiana se sienta llamada a colaborar en esa tarea”. (Juan Pablo II.(1982). *A los Enfermos*. p. 122. Zaragoza: Editrice Vaticana).

CONCLUSIONES

La pregunta con la que podemos partir sería: ¿El enfermo puede sentir la presencia de Jesús durante su enfermedad?

La presencia de Jesús entre los enfermos se caracteriza al tener presente el Evangelio, que es misma Palabra de Dios que nos puede sanar toda enfermedad y toda dolencia; el actuar de Jesús causa mucha admiración al pueblo, porque es testigo de cómo hace hablar a los mudos, los mancos quedaban sanos, los cojos andaban y los ciegos recuperaban la vista.

Cristo se acercó fuertemente al mundo del sufrimiento humano. Su misión siempre fue hacer el bien y este bien era exclusivo a los enfermos y a quienes esperaban ayuda.

Su entrega era curar a los enfermos, consolar a los afligidos, alimentar a los hambrientos, liberar a los hombres de la sordera, de la ceguera, de la lepra, del demonio y de diversas situaciones físicas, los milagros de Jesús se contempla que tres veces devolvió la vida a los muertos. Era sensible a todo sufrimiento humano, tanto al del cuerpo como al del alma.

Como fieles discípulos de Cristo, debemos aprender de Él a tratar y a amar a los enfermos, manifestar nuestro respeto, simpatía, misericordia, sentir y dar alegría cuando hay una muestra de servicio, brindando oportunamente los sacramentos. Cuando hay un enfermo en el entorno que nos rodea, es un tesoro de Dios que hemos de cuidar, el Señor se pone junto a nosotros para que amemos más y sepamos también encontrarle a Él.

La enfermedad, llevada por amor de Dios, es un medio de santificación, de apostolado; las molestias físicas que tantas veces acompañan la vida del hombre, pueden ser el puente o el camino que Dios se utilice para purificar las culpas e imperfecciones, para ejercitar y fortalecer las virtudes, y una bendición para sentir en el cuerpo enfermo los sufrimientos de Cristo que, siendo inocente, llevó sobre sí el castigo que merecían nuestros pecados. Cuanto más dolorosa sea la enfermedad, más amor necesitaremos tener para poder superarlo.

Cuando la enfermedad se hace presente debemos aprender a ser buenos enfermos, en primer lugar aceptando la enfermedad, tomándola como parte de nuestro ser. Se debe llevar la cruz con paciencia no solo cuando se está enfermo sino cuando uno de nuestros seres queridos lleva la enfermedad.

Cuando la enfermedad llega también podemos desanimarnos, a veces se utilizan frases negativas como: “no me atienden bien”, “nadie se preocupa de mí”, “me dejan solo”, “nadie me comprende”. El demonio que anda siempre a la mira de las almas débiles ataca por cualquier lado, y en la enfermedad su táctica es motivar al enfermo, para que amargue el ambiente, o destruya la paciencia con lo que se puede soportar el sufrimiento.

Por lo tanto, la actividad debe ser acompañar al enfermo con serenidad, y asociarnos más a su amor sufriente de Cristo, reflejado en la Cruz redentora. Con Cristo tienen sentido pleno el dolor y la enfermedad.

Entre las misiones confiadas a los Apóstoles sobresale el encargo de predicar y curar a los enfermos. Jesús no se equivocó en llamar a Pedro y a los demás apóstoles otorgándoles poder sobre todos los demonio y sanación para los enfermos. Los Apóstoles caminaron en las aldeas, anunciando el Evangelio y curando a cuanto ser creyera en el Evangelio.

En la Biblia en el libro del Hecho de los Apóstoles y en las Cartas del Nuevo Testamento consta el desvelo para los enfermos. La presencia del presbítero junto al enfermo es signo de la presencia de Cristo, no solo porque es el que otorga la Unción, la Penitencia y la Eucaristía, sino que es un ejemplo mayor, es un servidor de la paz y del consuelo de Cristo.

La enfermedad, que entró en el mundo a causa del pecado, es también vencida por Cristo en cuanto se puede convertir en un bien mucho mayor que la salud física. La Unción de los Enfermos proporciona grandes bienes: aumenta la gracia santificante en el alma, y si no se estuviera en gracia y fuera imposible confesarse, borra también el pecado mortal, aumenta la gracia, limpia las huellas del pecado en el alma, da una gracia especial para vencer tentaciones, otorga la salud del cuerpo, todo lo dicho lo llamamos como una preparación para entrar en el cielo, la unción de los enfermos produce al enfermo una gran paz y una serena alegría, al considerar que ya está muy cerca de su Padre Dios.

La Iglesia recomienda que los enfermos y las personas de edad avanzada reciban el sacramento de la Unción de los Enfermos en el momento oportuno, sin retrasar su administración por falsas razones de misericordia, compasión.

ANEXOS

1. MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI PARA LA XIX JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO

“Por sus llagas habéis sido curados” (1 P 2, 24)

Queridos hermanos y hermanas:

Cada año, en el aniversario de la memoria de Nuestra Señora de Lourdes, que se celebra el 11 de febrero, la Iglesia propone la Jornada mundial del enfermo. Esta circunstancia, como quiso el venerable Juan Pablo II, se convierte en una ocasión propicia para reflexionar sobre el misterio del sufrimiento y, sobre todo, para sensibilizar más a nuestras comunidades y a la sociedad civil con respecto a los hermanos y las hermanas enfermos. Si cada hombre es hermano nuestro, con mayor razón el débil, el que sufre y el necesitado de cuidados deben estar en el centro de nuestra atención, para que ninguno de ellos se sienta olvidado o marginado. De hecho, «la grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la *compasión* a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana» (*Spe salvi*, 38). Las iniciativas que se promuevan en cada diócesis con ocasión de esta Jornada deben servir de estímulo para hacer cada vez más eficaz la asistencia a los que sufren, también de cara a la celebración de modo solemne, que tendrá lugar, en 2013, en el santuario mariano de Altötting, en Alemania.

Llevo aún en el corazón el momento en que, en el transcurso de la visita pastoral a Turín, pude permanecer en reflexión y oración ante la Sábana Santa, ante ese rostro sufriente, que nos invita a meditar sobre Aquel que llevó sobre sí la pasión del hombre de todo tiempo y de todo lugar, también nuestros sufrimientos, nuestras dificultades y nuestros pecados. ¡Cuántos fieles, a lo largo de la historia, han pasado ante ese lienzo sepulcral, que envolvió el cuerpo de un hombre crucificado, que corresponde en todo a lo que los Evangelios nos transmiten sobre la pasión y muerte de Jesús! Contemplarlo es una invitación a reflexionar sobre lo que escribe san Pedro: «Por sus llagas habéis sido curados» (1 P 2, 24).

El Hijo de Dios sufrió, murió, pero resucitó, y precisamente por esto esas llagas se convierten en el signo de nuestra redención, del perdón y de la reconciliación con el Padre; sin embargo, también se convierten en un banco de prueba para la fe de los discípulos y para nuestra fe: cada vez que el Señor habla de su pasión y muerte, ellos no comprenden, rechazan, se oponen. Para ellos, como para nosotros, el sufrimiento está siempre lleno de misterio, es difícil de aceptar y de soportar. Los dos discípulos de Emaús caminan tristes por los acontecimientos sucedidos aquellos días en Jerusalén, y sólo cuando el Resucitado recorre el camino con ellos se abren a una visión nueva (cf. *Lc 24, 13-31*). También al apóstol Tomás le cuesta creer en el camino de la pasión redentora: «Si no veo la marca de los clavos en sus manos; si no pongo el dedo en el lugar de los clavos y la mano en su costado, no lo creeré» (*Jn 20, 25*). Pero frente a Cristo que muestra sus llagas, su respuesta se transforma en una conmovedora profesión de fe: «¡Señor mío y Dios mío!» (*Jn 20, 28*). Lo que antes era un obstáculo insuperable, porque era signo del aparente fracaso de Jesús, se convierte, en el encuentro con el Resucitado, en la prueba de un amor victorioso: «Sólo un Dios que nos ama hasta tomar sobre sí nuestras heridas y nuestro dolor, sobre todo el inocente, es digno de fe» (*Mensaje Urbi et orbi, Pascua de 2007*).

2. Queridos enfermos y personas que sufren, es precisamente a través de las llagas de Cristo como nosotros podemos ver, con ojos de esperanza, todos los males que afligen a la humanidad. Al resucitar, el Señor no eliminó el sufrimiento ni el mal del mundo, sino que los venció de raíz. A la prepotencia del mal opuso la omnipotencia de su Amor. Así nos indicó que el camino de la paz y de la alegría es el Amor: «Como yo os he amado, amaos también vosotros los unos a los otros» (*Jn 13, 34*). Cristo, vencedor de la muerte, está vivo en medio de nosotros. Y mientras, con santo Tomás, decimos también nosotros: «¡Señor mío y Dios mío!», sigamos a nuestro Maestro en la disponibilidad a dar la vida por nuestros hermanos (cf. *1 Jn 3, 16*), siendo así mensajeros de una alegría que no teme el dolor, la alegría de la Resurrección.

San Bernardo afirma: «Dios no puede padecer, pero puede compadecer». Dios, la Verdad y el Amor en persona, quiso sufrir por nosotros y con nosotros; se hizo hombre para poder *com-padecer* con el hombre, de modo real, en carne y sangre. Por eso, en cada sufrimiento humano ha entrado Uno que comparte el sufrimiento y la paciencia; en cada sufrimiento se difunde la *con-solatio*, la consolación del amor partícipe de Dios para hacer que brille la estrella de la esperanza (cf. *Spe salvi, 39*).

A vosotros, queridos hermanos y hermanas os repito este mensaje, para que seáis testigos de él a través de vuestro sufrimiento, vuestra vida y vuestra fe.

3. Con vistas a la cita de Madrid, el próximo mes de agosto de 2011, para la Jornada mundial de la juventud, quiero dirigir también un pensamiento en particular a los jóvenes, especialmente a aquellos que viven la experiencia de la enfermedad. A menudo la pasión, la cruz de Jesús dan miedo, porque parecen ser la negación de la vida. En realidad, es exactamente al contrario. La cruz es el «sí» de Dios al hombre, la expresión más alta y más intensa de su amor y la fuente de la que brota la vida eterna. Del corazón traspasado de Jesús brotó esta vida divina. Sólo él es capaz de liberar al mundo del mal y de hacer crecer su reino de justicia, de paz y de amor, al que todos aspiramos (cf. *Mensaje para la Jornada mundial de la juventud de 2011*, n. 3). Queridos jóvenes, aprended a «ver» y a «encontrar» a Jesús en la Eucaristía, donde está presente de modo real por nosotros, hasta el punto de hacerse alimento para el camino, pero también sabedlo reconocer y servir en los pobres, en los enfermos, en los hermanos que sufren y atraviesan dificultades, los cuales necesitan vuestra ayuda (cf. *ib.*, 4).

A todos vosotros, jóvenes, enfermos y sanos, os repito la invitación a crear puentes de amor y de solidaridad, para que nadie se sienta solo, sino cerca de Dios y parte de la gran familia de sus hijos (cf. *Audiencia general*, 15 de noviembre de 2006).

4. Contemplando las llagas de Jesús, nuestra mirada se dirige a su Corazón sacratísimo, en el que se manifiesta en sumo grado el amor de Dios. El Sagrado Corazón es Cristo crucificado, con el costado abierto por la lanza del que brotan sangre y agua (cf. *Jn* 19, 34), «símbolo de los sacramentos de la Iglesia, para que todos los hombres, atraídos al Corazón del Salvador, beban con alegría de la fuente perenne de la salvación» (*Misal Romano, Prefacio de la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús*). Especialmente vosotros, queridos enfermos, sentid la cercanía de este Corazón lleno de amor y bebed con fe y alegría de esta fuente, rezando: «Agua del costado de Cristo, lávame. Pasión de Cristo, confórtame. Oh buen Jesús, escúchame. En tus llagas, escóndeme» (*Oración de san Ignacio de Loyola*).

5. Al final de este Mensaje para la próxima Jornada mundial del enfermo, deseo expresar mi afecto a todos y a cada uno, sintiéndome partícipe de los sufrimientos y de las esperanzas que vivís diariamente en unión con Cristo crucificado y resucitado, para que os dé la paz y la curación del corazón. Que junto con él vea a vuestro lado la Virgen María, a la que invocamos con confianza *Salud de los enfermos* y *Consoladora de los afligidos*. Al pie de la cruz se realiza para ella la profecía de Simeón: su corazón de Madre es traspasado (cf. *Lc 2, 35*). Desde el abismo de su dolor, participación en el del Hijo, María fue capaz de acoger la nueva misión: ser la Madre de Cristo en sus miembros. En la hora de la cruz, Jesús le presenta a cada uno de sus discípulos diciéndole: «He ahí a tu Hijo» (cf. *Jn 19, 26-27*). La compasión maternal hacia el Hijo se convierte en compasión maternal hacia cada uno de nosotros en nuestros sufrimientos diarios (cf. *Homilía en Lourdes*, 15 de septiembre de 2008).

Queridos hermanos y hermanas, en esta Jornada mundial del enfermo, invito también a las autoridades para que inviertan cada vez más energías en estructuras sanitarias que sirvan de ayuda y apoyo a los que sufren, sobre todo a los más pobres y necesitados, y dirigiendo mi pensamiento a todas las diócesis, envío un afectuoso saludo a los obispos, a los sacerdotes, a las personas consagradas, a los seminaristas, a los agentes sanitarios, a los voluntarios y a todos aquellos que se dedican con amor a curar y aliviar las llagas de todos los hermanos o hermanas enfermos, en los hospitales o residencias, en las familias: sabed ver siempre en el rostro de los enfermos el Rostro de los rostros: el de Cristo.

Aseguro a todos mi recuerdo en la oración, mientras imparto a cada uno una especial bendición apostólica. Vaticano, 21 de noviembre de 2010, fiesta de Cristo Rey del universo. (BENEDICTUS XVI., 2010)

https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/messages/sick/documents/hf_ben-xvi_mes_20101121_world-day-of-the-sick-2011.html

2. PASTORAL DE LA UNCIÓN DE ENFERMOS

Acciones de la comunidad cristiana para celebrar la Unción como sacramento del encuentro sanador con Cristo en la fe

LA CELEBRACIÓN de la Unción como sacramento del encuentro sanador con Cristo en la fe, plantea hoy a la comunidad cristiana unas acciones pastorales concretas, que son, entre otras, las siguientes:

1ª. ACOMPAÑAR AL ENFERMO EN EL PROCESO DE SU FE A LO LARGO DE LA ENFERMEDAD

«La celebración sacramental ha de constituir, habitualmente, la culminación de una relación significativa con el enfermo y el resultado de un proceso de fe realizado por éste» (ARH 69).

La enfermedad pone en crisis la fe del enfermo. La comunidad, como educadora de la fe, sabe que esta misión no puede realizarse a distancia o por correspondencia, sino en la cercanía, acompañando a la persona en su camino. Sabe también que el ser humano tiene su camino, único e irrepetible en relación con su historia, su personalidad, su entorno familiar y social, y su vivencia de fe. Por ello, la atención ofrecida a los enfermos no puede ser igual para todos ni realizarse en abstracto. Ha de plantearse cómo ayudar a cada enfermo concreto en el proceso de su fe, cómo ayudarle a encontrar el «sentido» a lo que ha puesto en crisis su fe, la enfermedad, cómo ayudarle a afrontarla y asumirla en la fe.

La forma de hacerlo no es otra, a mi juicio, que la de acompañar a cada enfermo siendo solidario, acogedor y cercano a él, infundiéndole confianza, escuchándole, respetando profundamente sus creencias, sus niveles de fe y su ritmo, apreciándole, adaptándose a sus necesidades, guardando silencio muchas veces, acercándose a él con autenticidad y sin máscaras, liberándole de miedos y angustias, dando y recibiendo de él, con alegría y gozo, testimoniando y compartiendo la luz de la fe y la verdad del amor, apoyándose en la oración y en la fuerza del Espíritu.

«De esta manera -como dice B. HÄRING- el enfermo y sus familiares no se convierten en simples objetos de la pastoral, sino que captarán con nitidez creciente su propio llamamiento a dar testimonio creyente del amor redentor y a encontrar una significación (a su situación) que despierta y transmite poderes terapéuticos a ellos mismos y a otras personas» 10. SFT/ASUMIRLO/PASOS: Recojo los pasos a dar para asumir el dolor, que nos brinda alguien que ha experimentado en sí mismo el dolor:

- 1 Alimentar una actitud de realismo: no somos los únicos en sufrir.
- 2 Aceptar que somos contingentes: limitados y precarios.
- 3 Retener el ejemplo de los otros y recordar la historia de los mejores cristianos para no dejarnos abatir.
- 4 Usar los medios normales: medicamentos, consejo de los profesionales, ratos de descanso, de paz, de sereno estar...
- 5 Fijar y restringir la atención vital al momento presente: hacer ahora lo que tengo que hacer, intentar vivir el ahora superando sus dificultades. «No os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le bastan sus disgustos» (Mt 6,34).
- 6 Orar. La oración vivida como encuentro vivo y vital con alguien que nos ama en profundidad, el Dios que es Padre, que es Amor.
- 7 Compartir con Cristo el dolor. La memoria de la Pasión nos señala un camino ya andado y nos aporta un nuevo valor: el dolor sirve, no sé cómo, y aprovecha, no sé cuándo, a la obra constructora del reino de Dios entre los hombres.
- 8 Descubrir la misteriosa presencia del Señor que, a lo largo del camino y hasta el final, es un Acompañante excepcional y fiel.
- 9 Aceptar la realidad, esta realidad: la del dolor, la de su valor, la de la presencia del Señor.
- 10 Confiarse en Dios, abandonarse en sus manos.

(M. MOUGAN) 11

2ª. RENOVAR LA PASTORAL DE LA UNCIÓN EN LA COMUNIDAD CRISTIANA

La renovación de la pastoral de la Unción plantea a la comunidad cristiana las siguientes exigencias:

1 Evitar el «sacramentalismo», es decir, el centrar y reducir la pastoral de enfermos a que todos reciban la Unción.

«Será necesario revisar una pastoral exclusivamente sacramentalista, reducida al empeño de hacer aceptar los sacramentos» (RU 59). El celo pastoral no debe caer en preocupaciones exageradas de que todos reciban la Unción. Podría ser un reflejo de una mentalidad casi mágica del sacramento. Hay que promover, más bien, una pastoral del existir cristiano.

Sólo en ese contexto aparecerá como algo natural la celebración de la Unción. El gran riesgo del sacramentalismo es la manipulación del enfermo y del sacramento.

2 Evitar asimismo centrar y reducir la pastoral de enfermos a la atención y servicio del enfermo, sin dar importancia a la celebración del sacramento.

Hay que superar el dualismo entre atención al enfermo y sacramento. El sacramento de los enfermos no es una realidad totalmente separable de los cuidados a los enfermos ni de su acompañamiento pastoral; en un gesto de Iglesia, en una acción específica de los cristianos, es proclamado, publicado y celebrado el esfuerzo médico, el trabajo humano de lucha contra el mal y el acompañamiento en la fe. «La Unción no es ajena al personal sanitario y asistencial, pues es la expresión del sentido cristiano del esfuerzo técnico» (RU 67). La celebración de la Unción manifiesta públicamente que Dios no está ausente de esta tarea, sino que, presente en el corazón mismo de la vida del ser humano, quiere curar, en el sentido más pleno de la palabra, salvarle.

3 Evitar en la práctica sacramental tanto el minimalismo; es decir, el atenerse a las normas mínimas para la validez del sacramento sin preocuparse de más, como el maximalismo; es decir, el ser excesivamente exigente con todos, buscando la fe pura como requisito imprescindible.

4 Discernir las motivaciones de los enfermos y familiares al solicitar, no pedir o rechazar la Unción.

Son muy variadas. Quienes lo piden pueden hacerlo por rutina, por imitación de otros, por no disgustar a la familia, para ponerse bueno, por tener de su parte a la religiosa o al sacerdote, por convencimiento, con fe sincera... Quienes no lo piden o lo rechazan pueden hacerlo por falta de fe, por ignorancia, por no molestar, por miedo, por creer que no están graves, por no valorar el sacramento...

5 Discernir, igualmente, las motivaciones del propio agente de pastoral al proponer o celebrar la Unción.

También son variadas: quedarse tranquilo; cumplir con el propio deber, para que no le molesten; salvar su alma; cuidar su imagen; que no se le muera nadie sin los últimos sacramentos; ayudar al enfermo a ser fiel a la voluntad de Dios, etc.

6 Respetar las convicciones religiosas y los niveles de fe del enfermo, así como las etapas de su caminar en la fe.

«Se tendrán muy en cuenta, sobre todo, los distintos niveles de fe cristiana de los enfermos para actuar gradualmente, con discreción y pudor, evitando todo lo que pueda provocar dolor, resentimiento o alejamiento» (RU 55). El respeto ha de ser profundo: no se trata de un medio diplomático para ser aceptado y salirse después con la suya. «Ha de evitarse todo tipo de coacción y celo intempestivo, opuesto a la dignidad de la persona humana y a la dignidad religiosa» (RU 57). Respetar significa aceptar incondicionalmente al enfermo y ayudarlo a superar los condicionamientos, positivos o negativos, que pesan sobre él a la hora de manifestar y celebrar hoy su fe. Se ha de estar particularmente atento a respetar la conciencia y el nivel de cada enfermo, su situación psicológica, su entorno familiar. Puede ocurrir que la celebración sea prematura. Siempre, aun en este caso, hay que testimoniar el amor de Dios por medio de la presencia fraternal.

7 Preparar con esmero y celebrar con gozo el sacramento de la Unción de los Enfermos.

En un periodo de la vida, como es la enfermedad, en que nada se celebra, el mismo hecho de plantear una celebración ya es un verdadero acontecimiento, especialmente significativo en el ambiente hospitalario y en el domicilio donde viven su enfermedad muchos pacientes crónicos. Ofrecer una alternativa a la monotonía del paso del tiempo y a los gestos asistenciales estereotipados de carácter técnico es, sin duda, una de las posibilidades que encierra la celebración adecuada del sacramento de la Unción 12.

Una celebración digna y cuidada ha de seguir una dinámica que recoja los elementos básicos de todo sacramento: comunidad celebrante en oración; proclamación de la Palabra; expresividad del signo y de las acciones significantes, culminación del cuidado que la comunidad cristiana dedica y continuará dedicando al enfermo (RU 72).

7.1 Preparar con esmero la celebración: instruyendo mediante una catequesis adecuada al enfermo y a los fieles en general que los disponga a participar realmente en ella (RU 36); contando con el enfermo, pues debe ser él, su nivel de fe, su estado de salud y de fuerzas, quien ha de marcar el ritmo de la celebración, las lecturas, oraciones, etc. (RU 73.75). Quienes preparan la celebración han de estar a la escucha del enfermo y de sus familiares de modo que puedan después reflejar en la celebración sus sentimientos y la situación que viven.

7.2 Valorar la importancia de la Palabra de Dios en la celebración, escogiendo bien los textos más apropiados, proclamándolos y acercándolos a la realidad que vive el enfermo y a su nivel de fe.

7.3 Crear un clima sereno, religioso y de oración en la celebración.

7.4 Procurar que los signos sacramentales sean verdaderamente significativos, teniendo en cuenta el contexto, las posibilidades de explicación y el lenguaje simbólico adoptado al medio. No es fácil, sobre todo en los hospitales. Hemos de procurar, pues, que la imposición de manos, el gesto más antiguo de la liturgia cristiana que significa la bendición de Dios, su protección y el envío del Espíritu sea verdaderamente imposición.

E igualmente la «unción con aceite», que es el bálsamo en las heridas, la caricia que expresa la ternura, la consagración del enfermo para ser testigo del Evangelio. Y hemos de esforzarnos por incorporar otros símbolos y gestos a la celebración y, sobre todo, por lograr que nuestra persona, nuestro estar junto al enfermo, especialmente en las situaciones más delicadas, sea expresión y fiel imagen de Jesús, el Señor, de quien nuestra presencia también es sacramento.

3ª. INTEGRAR A LOS ENFERMOS EN LA COMUNIDAD CRISTIANA COMO MIEMBROS ACTIVOS Y PLENOS

Los enfermos son una parte activa, incluso principal, de la comunidad eclesial de la que participan mediante la oración y el testimonio de la propia vida. La Iglesia, lejos de fomentar en ellos actitudes de resignación pasiva o cualquier forma de «dolorismo», les reconoce en justicia el puesto central a ellos reservado por el Maestro. El enfermo debe recuperar su lugar dentro de la Iglesia, pero no sólo en cuanto destinatario privilegiado de cuidados y atenciones, sino también como «indicador activo» de la verdadera perspectiva evangelizadora revelada por Cristo. Para lograrlo hemos de:

1 Acercarnos a los enfermos en actitud de dar y recibir. Ellos son nuestros maestros y pueden enseñarnos y evangelizarnos, si nos acercamos en actitud humilde y sabemos estar a su lado como discípulos. Nosotros podemos alentarles y ayudarles si nos acercamos con sinceridad a ellos y nos ponemos a su disposición, si les escuchamos y comprendemos, si evitamos las palabras vacías, las frases hechas y los consejos fáciles, si desterramos la falsa compasión y la superprotección y les consideramos responsables y protagonistas de su salud, de su curación y de su vida, si les hacemos sentirse útiles, si sabemos infundirles ánimo y ganas de luchar...

Enfermo, eres mi amigo, eres mi hermano. Te admiro por tu paciencia y por tus cansancios, por tu decaimiento y por tu coraje, por el sufrimiento, por el dolor que es nuestro. En ti veo lo que es ser hombre: ser hombre es luchar, es recibir y depender, es ser débil y necesitar al otro. Mas es también ser fuerte y dar. Sí, me has dado mucho: me impides permanecer tranquilo y encerrarme en mí mismo. Al verte recuerdo: soy tu hermano, con la misma fuerza, con la misma debilidad, soy hombre como tú.

Luchando juntos venceremos; solos, sucumbiremos. Juntos podremos llevar la carga; solos, pereceremos. Permanezcamos unidos: hoy, necesitas de mí, y mañana, yo de ti.

P. WALTER PEGORER

2 Reconocer, valorar y estimular la presencia evangelizadora de los enfermos como miembros activos y plenos de la comunidad cristiana. Una comunidad cristiana en la que sus miembros sanos y enfermos se aceptan, conviven con sus diversos dones y debilidades y se ayudan mutuamente, es una comunidad sana. Una comunidad cristiana en la que no se cuenta con los enfermos, se empobrece; más aún, es una comunidad enferma. Una comunidad cristiana no puede evangelizar sin contar con los enfermos. Sólo si tiene conciencia de todo esto será capaz de reconocer su papel activo al enfermo, de suprimir las barreras arquitectónicas y mentales que le impiden hoy desempeñarlo, y de buscar los cauces apropiados que le permitan participar activamente en la vida de la comunidad.

«La pastoral de la Unción —sacramento del restablecimiento— ha de procurar preparar al enfermo para su reintegración en la vida ordinaria, hacerle ver la urgencia de vivir más evangélicamente sus relaciones con Dios y con los hermanos y vincularle más estrechamente con la comunidad cristiana a la que tratará de dar testimonio más claro de su fe» (RU 69).

«Los enfermos —decía PABLO VI a los miembros de la Fraternidad cristiana de Enfermos y Minusválidos— ya no os sentís solamente unos asistidos, sino verdaderos responsables. Saliendo de vuestro aislamiento os esforzáis por instaurar entre vosotros una amplia fraternidad, por multiplicar el mutuo intercambio, por hacer más profundas vuestras relaciones humanas, por resolver juntos vuestros problemas. Olvidando vuestra propia desgracia, os abris a las necesidades de los otros; mejor dicho, camináis juntos hacia vuestra auténtica promoción. ¡Qué maravilla! No lo dudéis; a través de esta mutua donación, estáis viviendo lo esencial del Evangelio...»

«Nuestras comunidades eclesiales -decían los obispos de la Comisión episcopal de Pastoral en su carta con motivo del Año internacional de Minusválido- tendrían que constituir ámbitos privilegiados para el reconocimiento de los diversos valores y cualidades de las personas y para la más viva y espontánea participación de todos. Pero la verdad es que, en general, las personas minusválidas (y las enfermas)... no son apreciadas en sus valores reales y hasta son marginadas en la práctica.

ES urgente que los minusválidos (los enfermos) participen activamente en la vida de nuestras comunidades. Su servicio sería inestimable en la catequesis y educación de la fe, a la que aportarían el testimonio de su fe vivida en la pobreza y el dolor de sus limitaciones, y desde las que despertarían la conciencia de toda la comunidad para que viva más cerca de los pobres y marginados, y promueva con mayor convicción una sociedad más justa, fraterna y solidaria.

Del mismo modo nuestras comunidades tendrían que reconocer y potenciar el servicio que los propios minusválidos (enfermos) deben prestar a otros hermanos, también minusválidos (enfermos)... ¿No será el propio minusválido (enfermo) quien mejor comprenda a otro minusválido (enfermo), esté más capacitado para acercarse a su sufrimiento y pueda combatir su soledad y contagiarle su fe y esperanza cristiana?»

4ª. INTEGRAR A LOS ENFERMOS EN LA SOCIEDAD

Una de las causas de la marginación de los enfermos en nuestra sociedad son los valores sobre los que está construida: la salud, la eficacia, el disfrute, la belleza, el poder.

Integrar a los enfermos en esta sociedad -en la que tanto tienes, tanto vales- no es tarea fácil. Las barreras ideológicas del rechazo, de la desconfianza, de los prejuicios, de la insolidaridad, indiferencia e inhibición ante los enfermos, dificultan su integración, son muy fuertes y constituyen un sufrimiento añadido al que comporta la enfermedad.

El proceso de integración implica, por una parte, la rehabilitación de los enfermos para insertarse lo más posible en la vida de la sociedad, y por otra, la superación de las barreras que lo impiden.

Cuando los sanos acepten a los enfermos como tales, reconozcan su dignidad y sus derechos, no les rechacen ni aíslen, cuando tomen conciencia de que también ellos son limitados, vulnerables y débiles y aprendan juntos -unos de otros, y unos con otros- a vivir una vida auténticamente humana, se hará realidad la integración de los enfermos en la sociedad.

La Unción, sacramento de la comunidad cristiana

«EL RITUAL ofrece al hombre enfermo para cada momento la fuerza consoladora del Espíritu y la presencia fraternal de la Iglesia» (RU 44). «No debe faltar a lo largo del doloroso camino que recorre el enfermo la presencia alentadora de la Iglesia» (RU 55). Porque «en el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, si padece un miembro, padecen con él todos los demás miembros» (I Cor 12,26) (RU 32). La Iglesia, por mandato de Jesús, participa en su misión, que es terapéutica, liberadora y sanante. Por eso se inclina ante la humanidad dolorida para, en nombre de Jesús de Nazaret, levantarla y hacerla caminar (Hc 3,6). Sanar a los enfermos es una tarea encomendada a toda la comunidad. La enfermedad de uno de sus miembros presenta a la comunidad cristiana una de las grandes ocasiones para manifestarse como comunidad de amor.

Como todo sacramento, la Unción hace referencia a la comunidad. «Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es sacramento de unidad; es decir, Pueblo santo congregado y ordenado bajo la dirección de los obispos» (SC 26). La Unción pertenece a todo el cuerpo de la Iglesia, influye en él y lo manifiesta. La celebración de la Unción produce, además de la gracia propia, «la edificación del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia».

El sacramento de la Unción es un signo que expresa, celebra y compromete la solidaridad eclesial con el enfermo. Como los demás sacramentos, la Unción no es un gesto aislado y esporádico de la Iglesia con el enfermo. Es un gesto que comienza en la vida, celebra la vida y termina en la vida.

4.1 La Unción comienza en la vida

LA VERDADERA liturgia de la Iglesia con los enfermos no espera a la celebración; comienza con la vida, hecha servicio. La Iglesia, a ejemplo de Jesús el Señor y siguiendo su mandato, cuida y asiste con solicitud a los enfermos, se interesa por sus problemas, les acompaña en su soledad, lucha por sus derechos, ora por ellos, les ayuda a vivir su situación en la fe.

Esta solidaridad con los enfermos es uno de los signos privilegiados que Cristo ha confiado a su Iglesia para manifestar la llegada del Reino; un signo más expresivo hoy en un mundo como el nuestro, que olvida o margina a los enfermos; un signo que, por ello, autentifica a la Iglesia y hace creíble la buena noticia de que el Evangelio es anunciado a los pobres. «Así, la comunidad cristiana hará presente en nuestra sociedad Recientemente secularizada el amor cristiano» (JUAN PABLO II. Zaragoza, 1982).

4.2 La Unción celebra la vida

LA COMUNIDAD cristiana culmina y celebra litúrgicamente, en la Unción, su solicitud, sus cuidados y desvelos por los enfermos, su presencia fraternal junto a ellos. La expresa por el ministro que la preside, signo de la presencia de la misma Iglesia; con la oración de fe y el gesto de ungir con el óleo al enfermo; con la participación activa del enfermo que manifiesta su experiencia y su fe y contribuye así a la edificación de la Iglesia; con la presencia y la participación activa de la comunidad cristiana tanto en la preparación como en la celebración de la Unción, porque los conoce y quiere vivir este acontecimiento con ellos y porque como ellos se sabe limitada y necesitada de la ayuda del Señor. El enfermo puede así percibir que no está solo y sentirse confortado con el respaldo de la comunidad.

4.3 La Unción continúa en la vida

LA UNCIÓN reenvía, compromete y da fuerzas a la comunidad cristiana que la celebra para mostrar con su comportamiento lo que ha celebrado en el sacramento; que el enfermo no está solo, dejado de la mano de Dios; que Cristo está a su lado como compañero de camino; que no va hacia la nada; que tiene un lugar y un papel en la comunidad y en el mundo; que nada ni nadie podrá apartarle del amor de Dios manifestado en Cristo... Sería una mentira y una hipocresía hablarle al enfermo de que Dios no le abandona y tenerle abandonado nosotros; decir a los enfermos que tienen una misión en la comunidad y no permitirles en la realidad desempeñarla, etc.

El sacramento de la Unción confía a la comunidad cristiana la tarea y la responsabilidad de sanar, con la fuerza del Espíritu, al enfermo y al que se cree sano; dando sentido a sus vidas; dinamizando el potencial de salud que hay en ellos; despertando la fe y el amor que son una fuente de salud; creando espacios en los que el enfermo se sienta acogido, escuchado y querido como él es; fomentando una vida comunitaria en la que las relaciones sean saludables y no insanas... El sacramento recuerda a la comunidad que la tarea de sanar le conduce a cargar con las enfermedades y dolencias de sus miembros enfermos.

4.4 Todos, responsables de atender a los enfermos

TODOS LOS miembros de la comunidad cristiana participan en la misión de la Iglesia de atender a los enfermos, y son responsables de realizarla, si bien cada uno ha de hacerlo en función del carisma recibido y del ministerio que la Iglesia le ha encomendado, en corresponsabilidad con todos los demás. «Si es verdad que los obispos, presbíteros y diáconos, por razón de su ministerio, deben manifestar su preferencia por los enfermos, la obligación de atenderles es cometido de todos y cada uno de los componentes de la comunidad cristiana» (RU 47). Todos los cristianos son invitados a cuidar, según sus posibilidades, a aquellos a los que ha golpeado la enfermedad, a visitarles, confortarles en el Señor, a prestarles una ayuda fraternal en todo lo que necesiten.

Para dar una eficacia mayor a la pastoral entre los enfermos es necesario que toda la comunidad cristiana se sienta llamada a colaborar en esa tarea» (JUAN PABLO II a los enfermos. Zaragoza, 1982).

4.5 Acciones para celebrar la Unción como sacramento de la comunidad

CELEBRAR LA Unción de Enfermos como sacramento de la comunidad comporta unas acciones que las comunidades cristianas han de realizar

1ª. SENSIBILIZAR A 2TODA LA COMUNIDAD CRISTIANA

Sensibilizar y mentalizar a toda la comunidad cristiana es hoy una acción prioritaria. Durante unos años la comunidad cristiana ha delegado la atención de sus enfermos a los centros hospitalarios y a las personas o pequeños grupos de la comunidad. Ello la ha ido alejando poco a poco de ese mundo de los enfermos. Y ha terminado, en muchos casos, viviendo de espaldas a ellos, desconociendo sus problemas, perdiendo su capacidad de asistirles, cuidarles y hacerles vivir. Su alejamiento del mundo sanitario no le ha permitido conocer los cambios que se han producido en él. No es, pues, extraño que su pastoral de enfermos haya quedado desfasada.

La experiencia del Día del Enfermo, iniciada el año 1985 en toda la Iglesia española, es un medio excelente al alcance de la comunidad cristiana para llevar a cabo esta necesaria y urgente sensibilización de todo el Pueblo de Dios. Puede servir para: dar a conocer la situación de los enfermos; lograr una mayor sensibilidad e interés por la persona que está enferma; recuperar la atención a los enfermos como una tarea evangélica prioritaria hoy; conocer, valorar y apoyar a los miembros de la comunidad (sacerdotes, religiosos, seglares) que se dedican a los enfermos con el fin de que no se sientan aislados y olvidados de sus hermanos, etc.

2ª. TRABAJAR PARA QUE LA COMUNIDAD CRISTIANA SEA UNA COMUNIDAD SANADORA

La comunidad cristiana -cuerpo de Cristo- en la que sus miembros sanos y enfermos se reúnen en el nombre del Señor, viven en común, se aceptan mutuamente con sus propios dones y limitaciones, y se sirven los unos a los otros, ayudándose y dejándose ayudar, es una comunidad sana y sanadora. Cuanto más viva y evangélica sea una comunidad, mayor será su poder sanador.

Una comunidad cristiana es fuente de salud para los enfermos, al ofrecerles la Palabra de Dios que sana, al ayudarles a vivir de forma positiva y fecunda su situación, al apoyarles y alentarles en su lucha por superar la enfermedad, al amarles y hacerles experimentar que son aceptados, reconocidos y queridos como tales en la comunidad, al liberarles así de las consecuencias más dolorosas de la enfermedad: el verse aislados y solos, inútiles, un estorbo para los demás.

Una comunidad cristiana viva es fuente de salud para los «sanos», al liberarles de sus orígenes y de sus miedos a la enfermedad y a los enfermos, gracias al contacto con éstos; es fuente de salud también al permitirles experimentar que en la comunidad son aceptados, reconocidos y queridos como tales, con sus cualidades y sus limitaciones.

Una comunidad cristiana viva es fuente de salud para nuestro mundo, al difundir en él una mayor dosis de humanidad y de amistad, y al enseñar a amar la vida que unos y otros, y unos para otros, hemos recibido del amor de Dios 13.

Existe un grupo de personas que se ocupan de los enfermos, ancianos, etc. Lo más sobresaliente es que se vinculan con los enfermos y éstos con ellos, en una relación honda, personal, creándose auténticos lazos de amistad y de amor. De esta amistad y confianza brota la atención a todo lo que el enfermo pueda necesitar: lavarle, levantarlo y acostarlo, sacarlo a pasear, llevarle al médico o avisarle para que le vea, preparar la comida, limpiar la casa; en una palabra, ayudarle en lo que necesite. Tratan de ofrecerle amor, esperanza cristiana, auxilio, y acompañamiento en el proceso de la enfermedad y, en no pocos casos, en el proceso de la muerte. Procuran, finalmente, descubrir y vivir desde Cristo todo lo que acontece en la existencia del enfermo, convencidos de que ello da sentido a su propia existencia y les revela el verdadero rostro de Dios. La relación con el enfermo continúa cuando es hospitalizado o internado en una residencia. En este caso, le visitan, le llevan a su casa a pasar un día o una tarde, y se preocupan de conectar con sus posibles familiares (PARROQUIA DE SANTA FELICIANA. Madrid) 14.

3ª. RECONOCER, APOYAR Y COORDINAR A LOS MIEMBROS DE LA COMUNIDAD QUE SE DEDICAN A LOS ENFERMOS

La comunidad cristiana -cuerpo de Cristo- tiene muchos miembros. El Espíritu va suscitando en ella dones y ministerios variados para el bien común, que han de estar al servicio de los demás y de la comunidad (cf 1, Cor 12). Todos son necesarios, incluidos los más sencillos y humildes. Los más valiosos no son los más llamativos, sino aquellos que contribuyen más a la edificación de la comunidad en la caridad.

El «don» de «cuidar a los enfermos», uno de los más sencillos, no puede faltar en la comunidad que quiera ser fiel a Jesús. De hecho, en la historia de la Iglesia y en las comunidades cristianas siempre estuvo presente. Siempre hubo personas que, de forma individual o asociada, se ocuparon de los enfermos, cuidándoles y visitándoles.

Hoy sigue habiendo, dentro de las comunidades cristianas, personas que se dedican a los enfermos:

- Los profesionales seculares cristianos que dan testimonio de su fe en Jesús, sirviendo al enfermo con humanidad y competencia y trabajando para que las instituciones sanitarias estén al servicio del enfermo (RU 57d).

- Los seculares cristianos que, individual o asociadamente, acuden desinteresadamente en ayuda de los enfermos, los visitan y acompañan, les llevan la comunión... haciendo así palpable y visible la fraterna solidaridad de la comunidad con los enfermos (RU 57d).

- Las familias cristianas que, en medio de la prueba de la enfermedad, son una comunidad natural de amor humano gracias a la abnegación, entrega personal y solidaridad de todos, y a la atención espiritual que prestan al enfermo (RU 57d).

- Los religiosos y religiosas que dedican sus instituciones y su vida a cuidar con amor a los enfermos, como testigos de la compasión y ternura del Señor (RU 57c).

- Los sacerdotes que atienden con solicitud a los enfermos, visitándoles y confortándoles, como ministros de los sacramentos y también como especiales servidores de la paz y del consuelo del Señor (RU 57b).

Es una responsabilidad de toda la comunidad cristiana atender y cuidar a estos miembros suyos que hacen palpable su solicitud y solidaridad para con los enfermos. He aquí la forma de desempeñar tan importante responsabilidad:

1 Conocer a los miembros de la comunidad que se ocupan de los enfermos, su forma de actuar, sus necesidades, etc.

2 Reconocer y valorar a estos miembros y apoyarles en su labor a fin de que no se sientan aislados y solos. Algunos pueden tener la sensación de que su comunidad cristiana anda más preocupada de otros campos pastorales y no valora suficientemente éste de los enfermos, a pesar de ser tan evangélico.

3 Procurar que sean personas no sólo con buena voluntad, sino con unas cualidades para desempeñar una misión tan delicada: capaces de dar testimonio de su fe y de transmitir esperanza, personas con sentido común, sanas y equilibradas, mental y afectivamente, con sentido comunitario, con un mínimo de formación religiosa...

4 Fomentar en ellos el «sentido de Iglesia»; que sean conscientes de que la comunidad les encomienda a «sus enfermos» y les envía a atenderles y cuidarles en su nombre.

5 Facilitarles la formación que les ayude a madurar personalmente, a conocer el mundo del enfermo, a capacitarse para el desempeño de su misión.

6 Suscitar equipos de pastoral sanitaria y apoyar los que ya existen.

7 Coordinarlos entre sí y con otros servicios de la comunidad (Liturgia, Catequesis, Caritas...) a fin de potenciar el mejor servicio al enfermo y de hacer más transparente el rostro de la comunidad cristiana (cf RU 58).

4ª. PROCURAR LA PARTICIPACIÓN ACTIVA DE LA COMUNIDAD EN LA CELEBRACIÓN DE LA UNCIÓN

El carácter comunitario del sacramento de la Unción debe manifestarse, en lo posible, en su celebración. «En ciertos casos, será factible la presencia de algunos miembros de la comunidad; en otros muchos, la comunidad se verá reducida a la presencia de la familia; incluso no faltarán ocasiones en las que se hallarán solos el ministro y el enfermo. El sacerdote le recordará al enfermo que en ellos está la Iglesia, le hará saber el amor de la comunidad y continuará ofreciéndole la ayuda necesaria, bien por sí mismo, bien por algún cristiano de la iglesia local» (RU 74, 41).

5ª. ATENDER A LOS ENFERMOS MÁS NECESITADOS Y DESASISTIDOS

La comunidad cristiana, que quiere ser fiel a Jesús y a su mensaje, ha de preocuparse de atender a los enfermos más necesitados con la misma solicitud con que Él lo hizo.

Todo enfermo es un necesitado, pero algunos lo son de manera especial. En la sociedad y en nuestras comunidades nos encontramos hoy con estos enfermos necesitados de ayuda: ancianos enfermos que viven solos y abandonados en sus casas o que andan de hospital en hospital; enfermos crónicos faltos de medios económicos y de personas que les atiendan; enfermos terminales que mueren técnicamente bien asistidos, pero faltos de calor humano; enfermos mentales a quienes negamos la comprensión y el cariño que necesitan; enfermos drogadictos y de SIDA que despiertan temores y rechazo...

«La atención a estos enfermos -como dicen los obispos de la Comisión episcopal de Pastoral en su mensaje del Día del Enfermo de 1988- comporta: descubrir quiénes son y qué necesitan; conocerles, acompañarles, compartir su situación y ayudarles a vivirla con dignidad y esperanza; ponerse a su servicio, y ser, cuando lo necesiten, su voz, sus ojos, sus manos y sus pies; luchar con ellos y denunciar la situación injusta en que se encuentran y trabajar por erradicar las causas que la provocan; desterrar de nosotros actitudes y posturas, tales como la falsa compasión, el dolorismo y los consejos fáciles que, lejos de ayudarles, pueden hacerles daño; y fomentar en ellos el sano realismo, la voluntad de lucha, la unión con otros para solucionar sus problemas» 15.

Los obispos ofrecen a las comunidades, en su mensaje, las siguientes pistas para su trabajo en el campo de los enfermos marginados:

- Crear una nueva sensibilidad colectiva y promover un cambio de actitud ciudadana ante estos enfermos. Es necesario romper entre todos el cerco de marginación social en que se encuentran atrapados...

- Acudir a donde se encuentran estos enfermos.

- Apoyar y colaborar en toda clase de iniciativas, actividades y asociaciones que persigan una atención más adecuada a los enfermos abandonados.

- Promover una transformación real de las instituciones sociopolíticas y religiosas que generan o consienten el abandono y la marginación de estos enfermos.

- Valorar la entrega de las familias que cuidan con amor a sus enfermos y prestar apoyo y ayuda a las que se ven impotentes para sobrellevar solas la enfermedad de uno de sus miembros.

- Apoyar y alentar la labor que desarrollan en este campo los grupos parroquiales de pastoral sanitaria, las asociaciones y movimientos de enfermos, las religiosas, los religiosos y los profesionales sanitarios.

Espero, al terminar aquí mi exposición, haber logrado lo que me propuse al iniciarla: que la Unción sea un sacramento menos temido y más apreciado por los enfermos, porque las comunidades cristianas han sabido captar y vivir toda la riqueza que encierra.

RUDESINDO DELGADO LA UNCIÓN DE ENFERMOS EN LA COMUNIDAD CRISTIANA, HOY Cátedra de Teología Contemporánea Colegio Mayor CHAMINADE. Madrid 1988. Págs. 10-83

http://www.mercaba.org/FICHAS/SACRAMENTOS/UNCI%C3%93N/uncion_enfermos_04.htm

3. EL BUEN SAMARITANO

Como lo decíamos en el tema: "JESÚS NOS ENSEÑA POR MEDIO DE PARÁBOLAS"[1], donde Jesús afirma que las parábolas [2]"*son aquellas breves narraciones dichas por Jesús de Nazaret que encierran una educación moral y religiosa, revelando una verdad espiritual de forma comparativa*". No son fábulas [3] pues en estas no intervienen personajes animales con características humanas, ni alegorías [4] pues se basan en hechos u observaciones creíbles, teniendo la mayoría de estos elementos de la vida cotidiana. Las parábolas se encuentran contenidas en los evangelios canónicos, aunque también se pueden encontrar en los evangelios, como el de Tomás y de Santiago, libros considerados apócrifos.

La finalidad de las parábolas de Jesús [5] es enseñar cómo debe actuar una persona para entrar al Reino de los Cielos y, en su mayoría, revelan también sus misterios. En ocasiones Jesús usó las parábolas como armas dialécticas contra líderes religiosos y sociales, como por ejemplo la Parábola del fariseo y el publicano; los usaba dependiendo de la ocasión.

Jesús dice que enseña usando parábolas para que comprendan su mensaje sólo aquellos que han aceptado a Dios en su corazón y para que los que tienen "*endurecidos sus corazones*" y han "*cerrado sus ojos*" no puedan entender[6]Por lo tanto comprender el mensaje de Jesús significaría ser un verdadero discípulo suyo y no entenderlo supone que no se está realmente comprometido con Él y por ende no podemos recibir su ayuda ni la de su mensaje. Existen algunos debates sobre si este es el significado original del uso de las parábolas o si en realidad fue agregado por Marcos para reforzar la fe de sus lectores, tal vez cuando se vio perseguido. Esta explicación parece ser esencial para comprender del todo el mensaje real de las parábolas de Jesús, ya que deja claro que es necesario tener fe en Él para entenderlas, o de otro modo se ven confusas.

En el presente tema, trataremos de la "**Parábola del Buen Samaritano** [7] redactada en las Sagradas Escrituras, (1) Lc. 10:25-37.

Desarrollo

La "*parábola del buen samaritano*" es una de las parábolas de Jesús más conocidas, relatada en el Evangelio de Lucas. Se la considera una de las parábolas más realistas y reveladoras del método didáctico empleado por Jesús de Nazaret, un ejemplo expresivo e incisivo de su mensaje exigente.

Presenta el tono que caracteriza a las llamadas "*parábolas de la misericordia*" propias del Evangelio de Lucas. La parábola es narrada por el propio Jesús a fin de ilustrar que la caridad y la misericordia son las virtudes que guiarán a los hombres a la piedad y la santidad. Enseña también que cumplir el espíritu de la ley, el amor, es mucho más importante que cumplir la letra de la ley. En esta parábola, Jesús amplía la definición de prójimo.

La elección de la figura de un samaritano, considerado un herético para los sectores más ortodoxos de la religión hebrea, sirve para redefinir el concepto de prójimo que se manejaba entonces. Jesús, mediante esta parábola muestra que la fe debe manifestarse a través de las obras, revolucionando el concepto de fe en la vida religiosa judía, entre los cuales resaltaban grupos como el de los fariseos a quienes Jesús en numerosas ocasiones llama hipócritas por su excesivo apego a la letra de la ley y su olvido por cumplir el espíritu de la ley.

El contraste establecido entre los prominentes líderes religiosos inmisericordes y el samaritano misericordioso, es un recordatorio a los maestros de la ley (como es el caso del interlocutor de Jesús) de que estaban olvidando el principio de la verdadera religión y Jesús emplea un personaje despreciado por ellos para mostrarles su error.

La narración comienza cuando un doctor de la ley le preguntó a Jesús con ánimo de ponerlo a prueba qué debía hacer para obtener la vida eterna. Jesús, en respuesta, le preguntó al doctor qué está escrito en la ley de Moisés. Cuando el doctor cita la Biblia, y precisamente: "*amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas*" (2), y la ley paralela "*amarás a tu prójimo como a ti mismo*" (3), Jesús dijo que había respondido correctamente y lo invitó a comportarse en consecuencia. En ese punto, queriendo justificar su pregunta, el doctor preguntó a Jesús quién era su prójimo. Jesús le respondió con la parábola.

"Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle, y golpearle, se fueron dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verlo, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio lo vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verlo tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándolo sobre su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: "Cuida de él y, si gusta algo más, te pagaré cuando vuelva." ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?"

El doctor dijo: *"El que practicó la misericordia con él."* Díjole Jesús: *"Vete y haz tu lo mismo."* (4) Lc. 10:37.

Es de notar que Jesús no definió, tal como pretendía el doctor de la ley, quién es el prójimo: solo preguntó quién obró como prójimo del herido. Por la respuesta del legista queda implícito que se considera "*prójimo*" a todo aquel que obra compasivamente con otro hombre, es decir, la definición se da en función de la obra. Asimismo, el legista no respondió a Jesús directamente ("*el samaritano*"), sino indirectamente, al decir "*el que tuvo compasión de él*", lo que en general se interpreta como una dificultad de su parte en reconocer que no fueron el sacerdote o el levita quienes observaron el espíritu de la ley sino alguien que, en el ambiente judío, era considerado un hereje, un paria.

Estructura del pasaje.

El pasaje del Evangelio de Lucas -mostrativo del método didáctico usado por Jesús de Nazaret- consta de los siguientes elementos: (5)

- 1) Pregunta de un maestro de la ley (Lc. 10:25).
- 2) Contra pregunta de Jesús (Lc. 10:26).
- 3) Respuesta del maestro de la ley (Lc. 10:27).
- 4) Mandato de Jesús (Lc. 10:28).
- 5) Nueva pregunta del maestro de la ley (Lc. 10:29).
- 6) Contra pregunta de Jesús que contiene la parábola del buen samaritano (Lc. 10:30-36).
- 7) Respuesta del maestro de la ley (Lc. 10:37).
- 8) Mandato de Jesús (Lc. 10:37).

Contexto geográfico: el camino de Jerusalén a Jericó.

En la época de Jesús, era notorio el peligro y la dificultad que caracterizaba al camino de Jerusalén a Jericó, conocido como "*Camino de Sangre*", en razón de la sangre que allí se derramaba, de las muertes que ocurrían por causa de los ladrones. El camino se iniciaba a unos 750 metros sobre el nivel del mar, y bajaba unos mil metros hasta alcanzar Jericó, en el valle del Jordán, a 258 metros bajo el nivel del mar.

Martin Luther King, en su último discurso, pronunciado el 3 de abril de 1968 -el día anterior a su asesinato- y popularizado bajo el título "*I've Been to the Mountaintop*", traducido al español: "*He estado en la cima de la montaña*", donde describió el camino de Jerusalén a Jericó.

Personajes de la parábola.

El Sacerdote y el levita.

El sacerdote y el levita son los dos personajes que primero pasan por delante del judío apaleado y lo ignoran, siguiendo su camino a Jerusalén. Normalmente pensaríamos que esa actitud se debía a una pobre compasión y a una indiferencia al dolor, pero el significado va más allá. Es muy probable que ambos clérigos fueran rumbo a Jerusalén a oficiar en el Templo. La ley establecía que quien tocara un cadáver ensangrentado quedaría impuro hasta la noche, y alguien impuro no podía participar de los rituales religiosos. Estos dos destacados representantes de la observancia de la ley no ayudan al hombre que había sido totalmente despojado y se encontraba aparentemente muerto, por temor a contaminarse. Es por ello que el simbolismo del sacerdote y el levita no es de impiedad ni de crueldad, sino de anteponer formalismos rituales a la misericordia y el perdón. Esta imagen de la balanza entre el espíritu de la ley y la letra de la ley es uno de los pilares de la enseñanza de Jesús, y también del Antiguo Testamento: "*misericordia quiero y no sacrificios*". (6)

El samaritano.

La imagen del samaritano como el piadoso salvador del judío apaleado constituye toda una fragua al concepto de "*prójimo*". Los samaritanos y los judíos constituían rivales irreconciliables; unos a otros se consideraban herejes. Los judíos fundamentaban sus razones en que los samaritanos hacían su culto en el monte Garizim (o Gerizim) en lugar del Templo de Jerusalén. Además, solamente aceptaban a Moisés como único profeta, y no reconocían la tradición oral del Talmud, el libro de los Profetas ni el de los Escritos. Por su parte, los samaritanos odiaban a los judíos por las veces que estos habían destruido y profanado el santuario de Garizim.

Ciertamente no están mencionados sin intención el sacerdote y el levita. A buen seguro que tampoco es casual atribuir al hombre misericordioso condición de samaritano. Todo ello está muy deliberadamente escogido para subrayar la nueva noción de prójimo que Jesús quiere promulgar. Porque esta es la escuela y acerada enseñanza de su parábola: el amor al prójimo es hacer esto, y el prójimo es éste, un samaritano, un extraño.

Enseñanza fundamental.

El pasaje, presenta dos significados:

Una lección de "*miser cordia*" hacia los necesitados, y un anuncio de que los no judíos pueden también observar la ley y, en consecuencia, entrar en la vida eterna.

Jesús no hace distinciones entre los hombres en este aspecto: todos son "*prójimos*", sin importar nacionalidad, religión, ni ideas políticas; porque prójimo es sinónimo de próximo, cercano. Asimismo, el sujeto tampoco reconoce límites, significando que la práctica del mandamiento del amor es para todos.

Jesús escoge a un "*samaritano*" para ilustrar el concepto de un sujeto cuya extensión es ilimitada.

En efecto, el objetivo de la parábola es "*detener la atención del lector para obligarlo a imitar el comportamiento de un paria, de un samaritano*".

Simbología e importancia.

Esta parábola es una de las más famosas del Nuevo Testamento, y su influencia es tal que el significado actual de samaritano en la cultura occidental es el de una persona generosa y dispuesta a ofrecer ayuda a quien sea que lo requiera. El "*buen samaritano*" se convirtió en símbolo típico de la fraternidad humana y del humanitarismo.

A modo de conclusión

Jesús utilizó parábolas frecuentemente para enseñar las verdades más elevadas en una forma que estuviese al alcance de todos. Su enseñanza contrastaba por su sencillez y sus imágenes con el estilo complejo de los antiguos filósofos.

Jesús, después de enseñar al pueblo en parábolas, continuaba enseñando a los discípulos en privado más directamente y con más profundidad de lo que era posible para el pueblo. Así los formaba para después encargarlos de divulgar esas verdades. (7)

Cuando los discípulos le preguntaron por qué enseñaba con parábolas, Jesús les respondió:

"Es que a vosotros se os ha dado el conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no. Porque a quien tiene se le dará y le sobraré; pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden. En ellos se cumple la profecía de Isaías: "Oír, oiréis, pero no entenderéis, mirar, miraréis, pero no veréis." ". (8)

No cabe duda, que la presente parábola está relacionada con la "*caridad* [8] y la "*misericordia* [9] de parte del "*samaritano*"; donde Jesús comparte estas virtudes a través de las parábolas que enseñaba, donde aproximadamente fueron 35.

<http://www.monografias.com/trabajos102/parabola-del-buen-samaritano/parabola-del-buen-samaritano.shtml>.

BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV. (1998). *Biblia de Jerusalem*. Bilbao: Desclée de Brouwer, S. A.
- Aramini, Michele. (2007). *Introducción a la Bioética*. Bogota: San Pablo, Giufferé Editores S p A.
- Benedicto XVI. (2007). *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*. Aparecida, Brasil: San Pablo.
- Benedicto XVI. (2010). Mensaje del Santo Padre, para la XIX Jornada Mundial del Enfermo. https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/messages/sick/documents/hf_ben-xvi_mes_20101121_world-day-of-the-sick-2011.html.
- Hualde, Antonio Carlos. (1991). *La Unción de los Enfermos*. Madrid: Paulinas.
- J. L. Redrado, J. Gol Gurina, P. Marchesi, A. Brusco Bolech. (2003). *Humanización en salud*. p. 91 Bogotá: San Pablo.
- Juan Pablo II. (1962). "*CONCILIO VATICANO II*". Obtenido de https://es.wikipedia.org/wiki/Concilio_Vaticano_II.
- Juan Pablo II. (1982). *Los Enfermos*. Zaragoza: Libreria Editrice Vaticana.
- Juan Pablo II. (1993). *Catecismo de la Iglesia Católica*. Città del Vaticano: Editrice Vaticana.
- Juan Pablo II. (1993). *Catecismo de la Iglesia Católica*. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana .
- Juan Pablo II, Doloris Salvifici. (1991). *Carta sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano*. Bogotá : Paulinas.

Pardo, Andres. (1996). *Ritual de los Sacramentos*. Madrid: Fareso, S. A.

Saraiva, José M. C.m.f. (2003). Evangelio del Sufrimiento en el Magisterio de Juan Pablo II. Italia: www.vatican.va.

Saraiva, M. (2001). La Chiesa all' alba del terzo Millenio. *Vatican.va*, 18.

V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. (2007). *Documento Conclusivo*. Aparecida, Brasil: San Pablo.